



Tracey Rose, *Venus Baartman*, 2001 [Cat. 34]

Publicado con motivo de la exposición *Teoría del color* (27 de septiembre de 2014 al 7 de febrero de 2015) MUAC, Museo Universitario Arte Contemporáneo. UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F.

---

Published on occasion of the exhibition *Color Theory* (September 27, 2014 to February 7, 2015,) MUAC, Museo Universitario Arte Contemporáneo. UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México, Mexico City.

Textos—Texts

Helena Chávez Mac Gregor · Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM  
David Theo Goldberg · University of California Humanities Research Institute  
Alejandra Labastida · MUAC  
Achille Mbembe · WITS Institute for Social and Economic Research  
Cuahtémoc Medina · MUAC – Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM  
Federico Navarrete Linares · Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Traducción—Translation

Christopher Michael Fraga  
Jaime Soler Frost

Compilación—Compilation

Helena Chávez Mac Gregor · Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

Coordinador editorial—Editor

Ekaterina Álvarez Romero · MUAC

Corrección—Proofreading

Ekaterina Álvarez Romero · MUAC  
Jaime Soler Frost

Asistente editorial—Editorial Assistant

Ana Xanic López · MUAC

Diseño—Design

Cristina Paoli · Periferia Taller Gráfico

Asistente de formación—Layout Assistant

María Vázquez

Primera edición 2014—First edition 2014

D.R. © MUAC, Museo Universitario Arte Contemporáneo, UNAM, México, D.F.

D.R. © de los textos, sus autores—the authors for the texts

D.R. © de la traducción, sus autores—the translators for the translations

D.R. © de las imágenes, sus autores—the authors for the images

ISBN Colección 978-607-02-5175-7

ISBN 978-607-02-5762-9

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser fotocopiada ni reproducida total o parcialmente por ningún medio o método sin la autorización por escrito de los editores.

---

All rights reserved.

This publication may not be photocopied nor reproduced in any medium or by any method, in whole or in part, without the written authorization of the editors.

Impreso y hecho en México—Printed and made in Mexico

# TEORÍA DEL COLOR

---

# COLOR THEORY

---



Zach Blas, *Armamentización facial: máscara*—*Facial Weaponization Suite: Mask*.  
2011 a la fecha—to date. Fotografía—Photography: Christopher O'Leary [Cat. 6]

<b>Introducción</b>	<b>6</b>
<b>Introduction</b>	<b>12</b>

---

HELENA CHÁVEZ MAC GREGOR  
ALEJANDRA LABASTIDA  
CUAUHTÉMOC MEDINA

<b>Reverberaciones raciales</b>	<b>18</b>
<b>Racial Reverberations</b>	<b>24</b>

---

DAVID THEO GOLDBERG

<b>Mundo cero</b>	<b>36</b>
<b>Zero World</b>	<b>52</b>

---

ACHILLE MBEMBE

<b>Mestizaje</b>	<b>64</b>
<b>Mestizo/Mestizaje</b>	<b>70</b>

---

FEDERICO NAVARRETE LINARES

<b>Comentarios a las obras</b>	<b>78</b>
<b>Commentaries on the Artworks</b>	<b>83</b>

<b>Catálogo</b>	<b>88</b>
<b>Catalogue</b>	

<b>Créditos</b>	<b>94</b>
<b>Credits</b>	

# Teoría del color

HELENA CHÁVEZ MAC GREGOR

ALEJANDRA LABASTIDA

CUAUHTÉMOC MEDINA

- Mario G.  Me cago en todos los maestros putos-huevone-priestos-borregos del CNTE. 5h  
Retweeted by Carlos Bravo Regidor  
Expand
- Sofía  Los maestros del #CNTE vienen de estados costeños o sea = Prietos, apesitos y revoltosos, coincidencia? No lo creo. 27 Aug  
Retweeted by Carlos Bravo Regidor  
Expand
- Carlos Bravo Regidor  Que vergüenza los normalistas y profesores del CNTE, con mucha dificultad pueden hablar...me pregunto esa bola de indios que pueden enseñar? 24 Oct  
Retweeted by Carlos Bravo Regidor  
Expand
- Normalista  No hay nada que me enferme mas que los nacos del CNTE. Neta, pinches indios sin ganas de trabajar. Me cagan. 21 Aug  
Retweeted by Carlos Bravo Regidor  
Expand
- Ricardo  Si mañana llego tarde a mi clase por la bola de Indios Gatos de la CNTE, mato a sus hijos y violo a sus culeras esposas (no, mejor las mato) 23 Aug  
Retweeted by Carlos Bravo Regidor  
Expand
- Siem Zemora  Ojalá bañaran en gasolina y les aventaran un cerillo a los del #CNTE, malditos indios mediocres! 24 Aug  
Retweeted by Carlos Bravo Regidor  
Expand
- Antonio Gamero  Indios revoltosos como los maestros de la CNTE deben ser sometidos y reprimidos como lo que son: salvajes, ignorantes y bandoleros. 27 Aug

Expresiones de usuarios en redes sociales acerca del plantón y bloqueos de integrantes de la—Tweets about the sit-in and roadblocks by the members of the Comisión Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), ciudad de México. Recopilación de—Collected by Carlos Bravo Regidor, profesor e investigador del—professor and researcher at the Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Crf. Romero Puga, Juan Carlos. "La cólera de los imbéciles" en—in *Letras libres*, septiembre—September 12, 2013

El racismo jamás detecta las partículas de lo otro, propaga las ondas de lo mismo hasta la extinción de lo que no se deja identificar. (...) Su crueldad sólo es equiparable a su incompetencia o su ingenuidad.

GILLES DELEUZE Y FÉLIX GUATTARI,  
*Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*

Ante las manifestaciones de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) en el verano de 2013, una serie de comentarios que descalificaban al movimiento magisterial, empezó a circular en noticiarios y redes sociales. El común denominador que expresaba el desprecio contra el movimiento se centraba en el uso peyorativo de las palabras “indio”, “prieto”, “salvaje” y “pobre”. Más allá del propio conflicto y del furor que adquiere el insulto a nivel social, lo que nos interesa señalar es la lógica racista que persiste e insiste —en un tiempo que pretende haber superado la clasificación de sujetos bajo un orden racial y que, sin embargo, sigue invisible desde su incorporación cultural— en naturalizar procesos de dominación, estratificación y exclusión.

El racismo no es un gesto de incorrección política sino un proceso con profundas raíces históricas alimentado por una lógica económica de explotación y formas políticas de dominación que producen sistemáticamente, grupos de personas en una situación de desventaja. Se establece desde una lógica de identificación, no como detección de lo “otro” sino como propagación de lo mismo, y opera bajo el principio de la desigualdad. Asimismo, se desencadena a partir de complejas acciones y reacciones que anudan representaciones, emociones, sentimientos y afectos, desde donde se codifican y producen los miedos y las fantasías. En esta lógica no hay exterior sino una producción de visibilidad de la que todos somos parte.

El racismo funciona desde una estructura de repetición, pero es en su diferencia que se manifiesta como particular. En el caso de México, si bien la distribución racista emerge de una clasificación colonial en la que la casta era una lógica de purificación de sangre basada en una estructura religiosa, la forma cultural actual del racismo es en buena parte resultado del entramado entre el Estado-nación y la creación de su sujeto ideológico: el mestizo. Desde

finales del siglo XIX, el proyecto nacional se sostuvo desde la producción de un sujeto de la modernización bajo un pensamiento científico y una versión adaptada de la eugeniosia. Esta idea de progreso privilegió la homogenización de las poblaciones indígenas y la casi completa desaparición de las poblaciones negras, chinas, filipinas y otras minorías, como la de los judíos, bajo la asimilación del mestizaje.

Si bien todavía persiste una narrativa dominante de producción de sujetos nacionales basada en esta noción de raza, es importante notar que ha habido un cambio y, desde hace más de veinte años, las luchas de grupos específicos han permitido la aparición del indígena como sujeto político. Sin embargo, es claro que para el entramado actual entre clase y raza, todavía persiste una distribución a la que podríamos designar como “pigmentocracia”, la cual repite las fantasías de exclusión e inhumanidad que legítima, o al menos mitiga, la explotación y el desprecio sistemáticos hacia una población determinada. En este sentido, este proyecto nace de la urgencia de abrir el problema del racismo desde la propia escena cultural para ver qué tipo de operaciones estéticas —de sensibilidad, afectivas, de creación y producción— pueden operar desde el campo del arte.

Partimos de la superficie, no como una banalización del discurso, sino como una renuncia a cualquier idea de profundidad o sentido escondido. Si bien, como mencionamos arriba, la lógica que configura al racismo tiene una historia larga y compleja, sus formas, afectos y efectos están en la superficie. Las obras que conforman esta muestra no intentan designar un universal, en este caso “el racismo”. Cada pieza opera como un particular en el que se presenta la investigación de un caso y un problema específicos a partir del cual, lo singular explota como posibilidad crítica. Por lo tanto, no hay narrativa cerrada sino la exploración de múltiples formas y estrategias que no dejarán al espectador indiferente.

*Teoría del color*, juega de manera sarcástica con la idea de un conjunto de reglas básicas para la combinación de colores, y no pretende ser una revisión histórica ni cartográfica que sistematice la producción contemporánea sobre el tema. La exposición es una muestra de prácticas durante la última década del siglo XXI en la que algunos artistas y activistas que trabajan desde diferentes geografías,

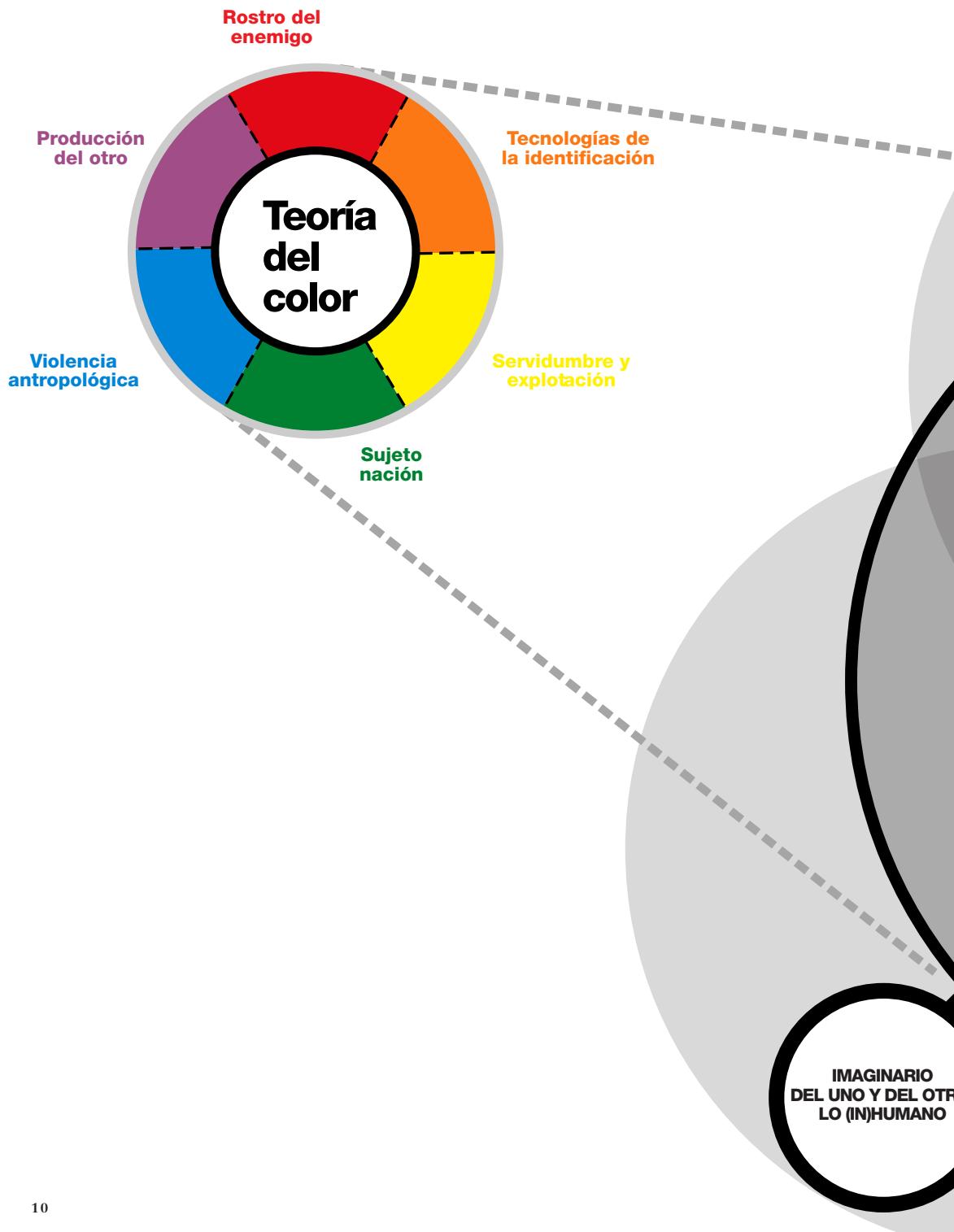
contextos e historias, delinean un campo desde el que proponemos explorar el tema del racismo.

A partir de la articulación del racismo, la sexualización y el clasismo, *Teoría del color* plantea tres ejes de investigación: imaginario blanco, imaginario criollo e imaginario del uno y del otro, lo (in)humano. Este diagrama traza una exploración de la mirada que produce, no tanto al sujeto racial sino al sujeto racista desde las siguientes categorías: producción del otro, rostro del enemigo, tecnologías de la identificación, servidumbre y explotación, sujeto-nación y violencia antropológica.

Las obras exhibidas renuncian, en muchos de los casos, a “lo políticamente correcto” y abren posiciones y formas de trabajo artístico que no dejarán de ser incómodas. Convocamos al arte como objeto polémico capaz de generar un espacio público donde la experiencia sensible ponga en cuestión cualquier idea de transparencia y neutralidad.

Asumimos que el arte contemporáneo se juega dentro de la tensión de un campo en disputa. Nuestra intención no es la de establecer un canon, ni la de privilegiar una práctica sobre otra, sino la de hacer visibles formas y prácticas para comenzar una investigación y una discusión conjunta que permitan abrir el problema del racismo en nuestro campo cultural.

Ciudad Universitaria, junio de 2014



## IMAGINARIO BLANCO/NEGRO

Rajkamal Kahlon,  
*U.S. Pictures,*  
*Vitruvian man Or How I Learned to Love the Bomb*

Anton Kannemeyer,  
*Peekaboo,*  
*Moullinsart Lawyers,*  
*Drill Wet Pussy!!,*  
*Fertile Land*

Anton Kannemeyer,  
*A Black Woman,*  
*Black Gynaecologist,*  
*B is for Black,*  
*W is for white*  
*Birth*

Frente 3 de Fevereiro,  
*Banderas*

Tracey Rose,  
*The Black Paintings: Dead White Man*

Rajkamal Kahlon,  
*Therapy for Optophobia*

Anton Kannemeyer,  
*Sharp Teeth,*  
*Spoon Lips*

Rajkamal Kahlon,  
*Woman Landscape*

Frente 3 de Fevereiro,  
*Arquitetura da exclusão*

Juan Carlos Romero,  
*Todos somos negros*

Roberto de la Torre,  
*Del blanco al negro*

Alexander Apóstol,  
*El cacao,*  
*El Negro Primero*

Tracey Rose,  
*Venus Baartman*

Yutsil Cruz, *Mestizo Mex*

Vincent Meessen,  
*The Intruder*

Erick Meyenberg,  
*En espera de la raza cósmica*

Zach Blas,  
*Facial Weaponization Suite,*  
*Zach Blas, Face Cage*

Alexander Apóstol,  
*Ensayando la postura nacional,*  
*El indio*

Anton Kannemeyer,  
*Interahamwe*

Daniela Ortiz,  
*97 empleadas domésticas*

Kader Attia, *The Repair*

Santiago Sierra,  
*Estudio económico*  
*de la piel de los caraqueños*

Pedro Lasch,  
*Espectro indígena:*  
*espejo negro 13 a 21*

## IMAGINARIO CRIOLLO/INDÍGENA

# Color Theory

---

HELENA CHÁVEZ MAC GREGOR

ALEJANDRA LABASTIDA

CUAUHTÉMOC MEDINA



Anton Kannemeyer, *Una mujer negra—A Black Woman*, 2011 [Cat. 27]

Racism never detects the particles of the other; it propagates waves of sameness until those who resist identification have been wiped out. [...] Its cruelty is equaled only by its incompetence and naivete.

GILLES DELEUZE AND FÉLIX GUATTARI,  
*A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*

In response to demonstrations by the Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (Mexican National Organization of Educators) in the summer of 2013, there began to circulate a series of commentaries in news outlets and social networks, discrediting the teachers' movement. The common denominator expressing contempt for the movement focused on the pejorative use of the words "Indian," "darkie" [*prieto*], "savage," and "poor." Aside from the conflict itself and the fury taken on by such insults at a social level, we are interested in pointing out the racist logic that persists and insists—in an age that presumes to have overcome the classification of subjects under a racial order but that nevertheless remains invisible from the standpoint of its cultural incorporation—on naturalizing processes of domination, stratification, and exclusion.

Racism is not a gesture of political incorrectness but rather a process with deep historical roots, nourished by an economic logic of exploitation and political forms of domination that systematically put groups of people in a disadvantaged situation. It is established from a logic of identification, not as detection of the "other" but rather as propagation of the same, and operates under the principle of inequality. In the same manner, it is unleashed on the basis of complex actions and reactions that tie together representations, emotions, feelings, and affects, from which they are codified, producing fears and fantasies. There is no outside to this logic, but rather a production of visibility in which we all take part.

Racism functions on the basis of a structure of repetition, but it is in its difference that it manifests itself as particular. In the case of Mexico, although the racist logic emerges from a colonial classification wherein caste was a distribution of blood purity based on a religious structure, its cultural form today is also the result of the intertwinement of the Nation-State and the creation of its ideological subject, the mestizo. Since the end of the nineteenth century, the national project was

sustained on the production of a subject of modernization under a scientific mode of thought and an adapted version of eugenics. This idea of progress privileged the homogenization of indigenous populations and the near total disappearance of black, Chinese and Filipino populations, along with other minorities like Jews, under the assimilation of mestizaje.

Although there still persists a dominant narrative of the production of national subjects based on this notion of race, it is important to note that there has been a change and that, for more than twenty years, the struggles of specific groups have made it possible for indigenous people to emerge as political subjects. Nevertheless, it is clear that for the current entanglement of class and race, there still persists a distribution that we might designate as a “pigmentocracy,” which repeats the fantasies of exclusion and inhumanity that legitimize, or at least mitigate, the exploitation of and systematic contempt for a given population. In this sense, this project is born of the urgency of broaching the problem of racism from within the cultural scene itself, in order to see what sort of aesthetic operations—sensory, affective, creative, productive—might operate from the artistic field.

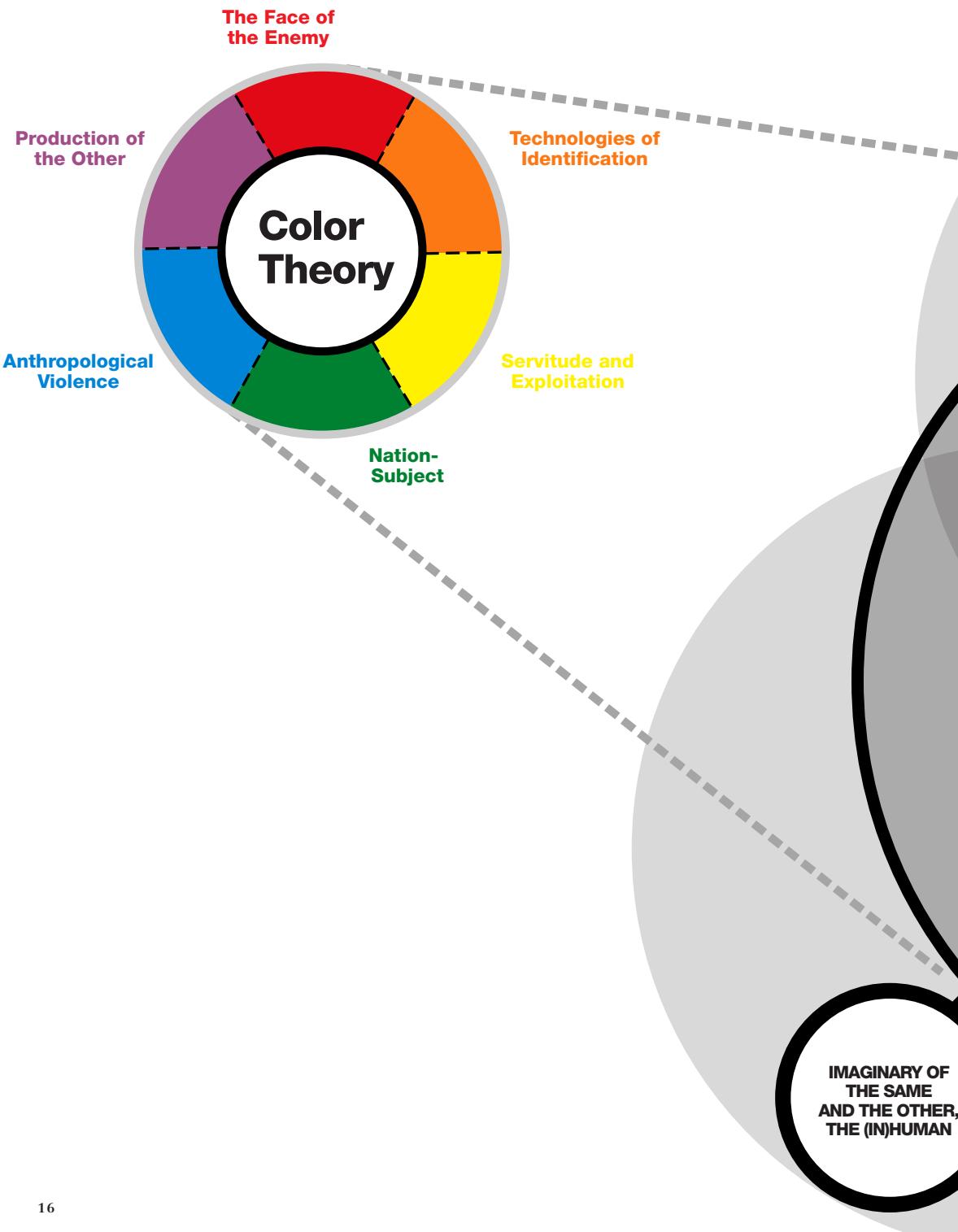
We begin from the surface, not as a banalization of discourse, but rather as a renunciation of any idea of depth or hidden meaning. Although, as we mentioned above, the logic that configures racism has a long and complex history, its forms, affects and effects are on the surface. The works that make up this exhibition do not attempt to designate a universal, in this case “racism.” Each piece operates as a particular, presenting a case study and a specific problem from which the singular explodes as a critical possibility. There is therefore no closed narrative but rather the exploration of multiple forms and strategies that will not leave the spectator indifferent.

*Color Theory* plays sarcastically with the idea of a set of basic rules for the combination of colors. It is not a historical revision, nor a cartography that would attempt to systematize contemporaneous production on the theme. The exhibition brings together practices from the most recent decade of the twenty-first century, wherein some artists and activists working in different geographies, contexts and histories delineate a field from which we propose to explore the theme of racism.

Starting from the articulation of racism, sexualization, and classism, the discourse of *Color Theory* explores three lines of research: white imaginary; creole imaginary; and imaginary of the same and the other, (in)human. This diagram traces an exploration of the gaze that produces not the racial subject so much as the racist subject out of the following categories: production of the other; the face of the enemy; technologies of identification; servitude and exploitation; nation-subject; and anthropological violence.

Many of the works exhibited renounce “political correctness” and broach positions and forms of artistic work that will not cease to be uncomfortable. We call upon art as a polemical object capable of generating a public space where sensory experience would question any idea of transparency and neutrality. We assume that contemporary art is played within the tension of a disputed field. Our intention is not to create a canon, nor to privilege one practice over another, but rather to make forms and practices visible in order to begin a joint investigation and discussion that would enable us to broach the problem of racism in our cultural field.

University City, June 2014



## BLACK/WHITE IMAGINARY

Rajkamal Kahlon,  
*U.S. Pictures,*  
*Vitruvian man Or How I Learned to Love the Bomb*

Anton Kannemeyer,  
*Peekaboo,*  
*Moulinsart Lawyers,*  
*Drill Wet Pussy!!,*  
*Fertile Land*

Anton Kannemeyer,  
*A Black Woman,*  
*Black Gynaecologist,*  
*B is for Black,*  
*W is for white*  
*Birth*

Frente 3 de Fevereiro,  
*Banderas*

Tracey Rose,  
*The Black Paintings: Dead White Man*

Rajkamal Kahlon,  
*Therapy for Optophobia*

Anton Kannemeyer,  
*Sharp Teeth,*  
*Spoon Lips*

Rajkamal Kahlon,  
*Woman Landscape*

Frente 3 de Fevereiro,  
*Arquitetura da exclusão*

Juan Carlos Romero,  
*Todos somos negros*

Roberto de la Torre,  
*Del blanco al negro*

Alexander Apóstol,  
*El cacao,*  
*El Negro Primero*

Tracey Rose,  
*Venus Baartman*

Yutsil Cruz, *Mestizo Mex*

Vincent Meessen,  
*The Intruder*

Erick Meyenberg,  
*En espera de la raza cósmica*

Zach Blas,  
*Facial Weaponization Suite,*  
*Zach Blas, Face Cage*

Alexander Apóstol,  
*Ensayando la postura nacional,*  
*El indio*

Anton Kannemeyer,  
*Interahamwe*

Daniela Ortiz,  
*97 empleadas domésticas*

Kader Attia, *The Repair*

Santiago Sierra,  
*Estudio económico*  
*de la piel de los caraqueños*

Pedro Lasch,  
*Espectro indígena:*  
*espejo negro 13 a 21*

## CREOLE/INDIGENE IMAGINARY

# Reverberaciones raciales

DAVID THEO GOLDBERG

AHORA TODOS SOMOS  
**NEGROS**

TODOS LOS CIUDADANOS, DE AQUI EN ADELANTE, SERAN CONOCIDOS  
POR LA DENOMINACION GENERICA DE NEGROS - ARTICULO 14 -

CONSTITUCION HAITIANA DE 1805

MEMORIAS DISRUPTIVAS RED CONCEPTUALISMOS DE SUR

INTOLERANCIAS / JUAN CARLOS ROMERO - MUSEO REINA SOFIA - MADRID 2010

Juan Carlos Romero, *Todos somos negros—All of Us Are Black*, 2009-2014. Impreso y distribuido en ocasión del encuentro “Memorias disruptivas. Tácticas para entrar y salir de los Bicentenarios en América Latina y el Caribe”—Printed and distributed on the occasion of the meeting “Disruptive Memories. Tactics for Entering and Exiting the Bicentennials in Latin America and the Caribbean” Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Cortesía del artista—Courtesy of the artist [Cat. 32]

La articulación y configuración racial han conformado los mundos modernos en formas que resultan difíciles, si no imposibles, de deshacer a medida que lo moderno da paso a sus diversas “post-” formaciones y formulaciones. La raza, como modo dominante de mando a lo largo de la modernidad, ha ordenado lo social, el Estado y sus asuntos en lo que se refiere a las modalidades prevalecientes de definición y estructuración, aun cuando sus diversas explicitaciones ahora pueden ser rechazadas, implícitas, silenciadas o negadas. Las persistentes condiciones hechas y marcadas por lo racial continúan contaminando la política del cuerpo, aunque el racismo ha sido declarado como acabado, la raza como una reliquia antigua, y el estado de lo post-racial se extiende en la contemporaneidad.

*¿Cómo es que la raza ha impactado de manera tan amplia los mundos de la vida moderna, sus restos aún reverberando, aún demostrando ser dominantes incluso en su vida póstuma?*

La raza se materializó como una expresión de “deshumanización” durante el surgimiento de Europa a mediados del siglo XV, especialmente con respecto a desligar las fuentes de producción y la sociabilidad. Esta “racialización”, como Fanon caracterizaría más tarde tal forma de deshumanización, fue moldeada y elaborada a medida que la idea moderna de Europa se articuló a partir del Renacimiento. La raza fue invocada para delinejar un “nosotros” europeo en la definición por contraste con aquellos considerados como sus forasteros constitutivos: no sólo los judíos y musulmanes sometidos a la conversión y la expulsión, también los negros. Ésta es la trinidad inquietante que ejerce de sombra en la fundación de Europa al inicio de la globalización europea.

Así, la configuración racial se anuda desde el primer momento de su formulación y confección social con la resonancia religiosa (judíos y musulmanes, negros e indígenas paganos como no pertenecientes a la Europa en formación). El diferenciar los orígenes, el parentesco y el linaje vinculó desde el principio el color con la cultura, los cuerpos con las proyecciones del comportamiento, la biología incipiente con las mentalidades adscritas. Y a medida que se adoptó cada vez más la raza —con sus significados e importancia siempre mutantes y consolidantes— como una tecnología

central en la constitución y razón del Estado moderno, asumió su poder definitorio mediante la absorción de algunas de las resonancias teológicas y religiosas restantes que se creía había desplazado. Pertenecientes en otro tiempo al ámbito de lo religioso, estos rasgos definitorios se volvieron raciales. Entre ellos se encontraban el relato de los orígenes; la pasión y la fuerza del compromiso de parentesco; la naturalización del artificio de identificaciones socialmente producidas y modeladas; la imaginación de la comunidad masiva a partir del anonimato social, de hecho, la proyección de la caracterización generalizada mediante la invención de la población a partir de la estrecha base de la experiencia inmediata familiar o comunal; la insistencia en el destino; los remanentes de un rebaño pastoral jerárquico en forma de concepciones racistas de la gobernanza de la población; la pertenencia romantizada y la exclusión y expulsión santificadas; y más tarde —a medida que la raza se convirtió en objeto de análisis crítico en lugar del ocupado en primera instancia como productora de sociabilidad—, el rechazo como socialmente antiguo, un resabio de lo premoderno, el deslizamiento hacia la regresión social.

La raza, en resumen, es *la secularización de lo religioso*. De manera abstracta, más o menos silenciosamente, jaló hacia sus propios términos de articulación las tecnologías y las expresiones de socialidades productivas de la religión. La raza volvió modernas estas condiciones, de la misma manera que lo religioso expresó el pasado premoderno, medieval.

En consecuencia, los Estados se hicieron modernos por medio de las tecnologías de gobierno de la raza, tanto en sus formaciones coloniales y colonizadoras como en sus iteraciones relationales metropolitanas. La raza no sólo marcó la posición y el acceso sociales, los privilegios y el poder. En un principio, definió quién era un ser humano y quién no, quién era propiedad y explotable, qué cuerpos eran enajenables y quiénes contaban como personas. La definición vigente de la concepción racial del siglo XV al XIX decretó a aquellos de origen europeo como inherentemente superiores, y a los no europeos o a quienes eran considerados menos plenamente europeos como pertenecientes a una escala de inferioridad ontológica, naturalizando así los resultados de las luchas de poder político y económico. Este naturalismo racial apuntaló la esclavitud, así como otras formas de

acción estatal de aniquilación violenta, desde el Estado Libre del Congo belga y el África del Sudoeste alemana hasta la Alemania nazi.

Una contra-concepción de articulación racial estaba en marcha desde por lo menos el siglo XVI, empujando contra la naturalización de la dominación, sin evitar o anular el compromiso racial. Uno de los primeros en expresar esta contra concepción fue Las Casas en el debate con Sepúlveda, al declarar que los grupos humanos no europeos no eran *intrínsecamente* inferiores, pero insistió en que aquellos no europeos se clasificaban de manera jerárquica como históricamente menos maduros, menos civilizados. Este historicismo racial impulsó gran parte del movimiento abolicionista, que incluyó a algunos destacados activistas negros como Edward Blyden, y fue relacionado sobre todo con John Stuart Mill, tanto con sus escritos filosóficos como con su función administrativa colonial. Pero se puede discernir también como apuntalando la expresión latinoamericana desde las representaciones de castas de finales del siglo XVIII hasta las políticas de *blanqueamiento* y la democracia racial del siglo XX.

Desde el inicio de la modernidad, entonces, la raza ha ofrecido modos variables de ordenamiento social, disposición estatal y relación interpersonal. Hizo y marcó la posición y el acceso, la aptitud y la educabilidad, la formación de capacidades y de clase, la educabilidad y la viabilidad, incluso la capacidad deportiva y recreativa, las religiosidades, y la cultura y ubicación de los entierros. La raza se articulaba con los registros de clase y de género para reíficar las posibilidades, cimentar los mundos y formas de vida, y reproducir las condiciones y horizontes de vida y de muerte.

La irreversibilidad de la destructividad y la (amenaza de) muerte producidas racialmente comenzó a hacerse evidente en las rebeliones de esclavos, la cimarronería y, de manera más amplia, el abolicionismo. A medida que el comercio mundial de esclavos y la economía política de la esclavitud se vieron más restringidos, los indicadores de la distribución racial, las fronteras sociales producidas por medio de la clasificación y los códigos raciales, se incrustaron cada vez más en la formación del Estado, la producción de conocimiento y la presunción social mediante la realización de censos y la legislación, la disposición espacial y

la formación de capital, los registros de heredabilidad y herencia. Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos anticoloniales, las luchas por los derechos civiles y contra el apartheid dificultaron extender la clasificación racial al insistir en que la arracialidad (la ceguera racial, el no racismo, etc.) constituye la norma vigente de acuerdo social.

La arracialidad no es el compromiso para acabar con las injusticias asociadas a la designación racial, para poner fin a los racismos. Más bien, es la insistencia en el borrado racial, haciendo así que sea más difícil, si no es que incluso imposible, discernir las injusticias de inspiración o inflexión racial. La arracialidad en consecuencia no es nunca arracial. Extiende implícitamente las injusticias raciales dejándolas (en buena medida) no identificadas, intactas, intocables.

La arracialidad, el principio de articulación de la post-racialidad, es la nueva modalidad de los racismos, su articulación y expresión contemporánea. La arracialidad expresa la discriminación racial por otros medios. Los blancos ahora acusan a los negros de ser más racistas que ellos; aquellos que se expresan de formas racistas no se disculpán por la expresión o el daño causado, ni siquiera *por* la ofensa si no sólo *si* aquel a quien iba dirigida se da por aludido. Es en esa condicionalidad que el racismo se convierte en hipotético, desapareciendo como no verdaderamente real. Toda intencionalidad es negada, como si el racismo sólo fuera posible por premeditación. Y entonces la negación de cualquier racismo, intencional o no, se niega, borrando en esa negación de la negación todo rastro de (posible) existencia.

El arco de la historia racial se ha cuadrado. El racismo nunca es singular, sus expresiones son siempre múltiples, diversas. Los racismos producen y reproducen, definen e identifican, colocan y restablecen a los no pertenecientes, los diferenciados, los no deseados. Lejos de ser remanentes antiguos de pasados incivilizados, los objetivos de inspiración racial, manifiestos y multidimensionales, resultan centrales en las actuales tecnologías clave para gobernar incrustadas en el mantenimiento del orden social.

Hoy, la articulación racial se extiende en capas por las sedimentaciones de lo informal y lo individual, lo estructural, lo expresivo y, más recientemente, el brote viral. Los “brotes de racismos” son las formas expresivas que

ocurren momentáneamente, aparentemente sin advertencia, predeciblemente impredecibles, expresables porque las condiciones estructurales de su posibilidad son buena parte del orden social y, sin embargo, sus términos de reconocibilidad han sido borrados sistemáticamente. Son reverberaciones de historias representadas de manera ilegible, de términos y condiciones puestos de cabeza, sobre todo cuando, una vez materializadas, ahora se han fundido en la virtualidad. Son los racismos renacidos sin particularidades y más o menos inadvertidos a no ser que y cuando su viralidad se vuelva perturbadora del orden establecido de las cosas.

Los anti-racismos hoy, entonces, no son tanto la memoria de ayer como el trastorno de mañana. Son las negativas a dar por sentado que la herencia espiral de la desigualdad y la inequidad, la profundización de los desequilibrios oligárquicos del poder y las inaccesibilidades e injusticias pasadas por alto de lo cotidiano y lo lejano son, de alguna manera, inevitabilidades naturalizadas y ahistóricas.

Irvine, California, mayo de 2014

# Racial Reverberations

---

DAVID THEO GOLDBERG



**Tracey Rose**, *Las pinturas negras: hombre blanco muerto—The Black Paintings: Dead White Man*, 2012 [Cat. 33]

Racial articulation and configuration have shaped modern worlds in ways proving challenging, if not impossible to undo as the modern gives way to its various “post” formations and formulations. Race, as a dominating mode of command throughout modernity, has ordered the social, the state, and its subjects in terms of prevailing definition and structuring arrangements, even as its various explicitations may now be rejected, rendered implicit, silenced, or denied. The enduring conditions made and marked by the racial continue to pollute the body politics though racism has been declared ended, race an antique relic, and the state of the postracial taken contemporarily to pervade.

How is it that race has so broadly impacted modern life worlds, its remains still reverberating, still proving so commanding even in their afterlife? Race materialized as an expression of “dehumanization” in mid-fifteenth century European emergence, especially with regard to estranging sources of production and sociality. This “racialization,” as Fanon would later characterize this mode of dehumanizing, was fashioned and elaborated as the modern idea of Europe was articulated from the Renaissance onwards. Race was invoked to delineate a European “we” in defining contrast with those considered its constitutive outsiders: not just Jews and Muslims subjected to conversion and expulsion, but Blacks too. This is the haunting trinity shadowing Europe’s founding at the onset of European globalization.

So racial configuration is knotted from the outset of its formulation and social fashioning with religious resonance (Jews and Muslims, Black and Indian heathens) as Europe’s formative non-belonging. Differentiating origins, kinship, and lineage from the outset tied color to culture, bodies to behavioral projections, incipient biology to ascribed mentalities. And as race in its ever-morphing and cementing significations and significance was adopted increasingly as a central technology of modern state constitution and reason, it assumed its defining power by absorbing some of the remaining theological and religious resonances it is taken to have displaced. Once the purview of the religious, these defining features became racial. They included the narrative of origins; the passion and force of kinship commitment; the naturalizing of the artifice of socially produced and fashioned identifications; the imagining of mass community

out of social anonymity, indeed, the projection of generalized characterization across the invention of population from a narrow base of immediately familial or communal experience; the insistence on destiny; the remainders of an hierarchical flock pastoral in racially shaped conceptions of population governance; romanticized belonging and sanctified exclusion and expulsion; and later—as race became the object of critical account rather than taken up as primarily productive of sociality—the dismissal as socially antique, a hold-over from the pre-modern, the slippage into social regression.

Race, in short, is *the secularization of the religious*. It abstractly pulled more or less silently into its own terms of articulation the technologies and expressions of religion's productive socialities. Race made these conditions modern as the religious expressed the medieval, the pre-modern past.

States accordingly became modern through the governing technologies of race, both in their colonial and colonizing formations and in their relationally metropolitan iterations. Race not only marked social standing and access, privilege and power. It initially defined who was human and who not, who belonged and was exploitable, whose bodies were alienable and who counted as persons. The prevailing definition of racial conception from the fifteenth to the nineteenth centuries ordained those of European descent as inherently superior, and non-Europeans or those regarded less fully European as ranking on a scale of ontological inferiority, thus naturalizing the outcomes of political and economic power struggles. This racial naturalism underpinned slavery as well as other forms of violent annihilative state action, from the Belgian Free State and German South West Africa to Nazi Germany.

A counter-conception of racial articulation was at work from at least the sixteenth century, pushing back on naturalizing domination without (a)voiding racial commitment. First expressed by Las Casas in the debate with Sepúlveda, it found non-European human groups not to be *inherently* inferior but insisted those not European were hierarchically ranked as less historically mature, historically less civilized. This racial historicism fueled much of the abolitionist movement, including some prominent black activists like Edward Blyden, and was principally identified with John Stuart Mill in both his philosophical writing and colonial administrative function. But it can be discerned also as underpinning Latin

American expression from late eighteenth-century casta representations to twentieth-century policies of *blanqueamiento* and racial democracy.

Since the onset of modernity, then, race has offered variable modes of social ordering, state arrangement, and interpersonal relation. It made and marked standing and access, ability and educability, capacity and class formation, educability and workability, even sporting capacity, recreationality, religiosities, and burial culture and location. Race articulated with the registers of class and gender to reify possibility, cement life worlds and ways, and reproduce both conditions and horizons of life—and death—ways.

The irreversibility of racially produced destructiveness and death (threats) began to become evident in and through slave rebellions, maroonage, and more broadly abolitionism. As the global trade of slaves and the political economy of slavery were increasingly curtailed, the markers of racial arrangement, the social boundaries produced via racial classification and codes became increasingly embedded into state formation, knowledge production, and social presumption through census-taking and law-making, spatial arrangement and capital formation, registers of heritability and inheritance. The aftermath of World War II, anticolonial movements, civil rights and anti-apartheid struggles made it more difficult to extend racial classification while insisting that racelessness (colorblindness, non-racialism, etc.) constitutes the prevailing standard of social arrangement.

Racelessness is not the commitment to ending injustices associated with racial designation, to ending racisms. Rather, it is the insistence on racial erasure thus rendering racially inspired or inflected injustices more difficult if at all even possible to discern. Racelessness accordingly is never raceless. It implicitly extends racial injustices by leaving them (largely) unidentified, untouched, untouchable.

Racelessness, the principle articulation of postraciality, is the new modality of racisms, their contemporary articulation and expression. Racelessness expresses racial discrimination through other means. Whites now charge blacks as more racist than they; those expressing themselves in racist ways apologize not for the expression or the harm incurred, not even *for* the offense so much as *if* offense has been taken by the targeted. In that conditionality the racism itself becomes

hypothetical, vanishing as not really real. Any intentionality is denied, as if racism were only possible by pre-meditation. And then the denial of any racism, intended or otherwise, is denied, erasing in that denial of denial any traces of (possible) occurrence.

The arc of racial history has been squared. Racism is never singular, its expressions always multiplicitous, diverse. Racisms both produce and reproduce, define and identify, place and reinstate the non-belonging, the differentiated, the unwanted. Far from antique, some lingering remnant of uncivilized pasts, racially inspired, manifest, and multi-dimensional targetings are centrally of the modern moment, key technologies of governing embedded in the maintenance of social order.

Today racial articulation is layered across the sedimentations of the informal and individual, the structural, the expressive, and most recently the viral outbreak. “Outbreak racisms” are those expressive forms occurring momentarily, seemingly without warning, predictably unpredictable, expressible because the structural conditions of their possibility are so much part of the social order yet their terms of recognizability have been systematically erased. They are reverberations of histories rendered illegible, of terms and conditions stood on their head, of all once materialized now melted into virtuality. They are the born-again racisms unmarked and more or less unremarked unless and until their virality becomes disruptive of the prevailing order of things.

Anti-racisms today, then, are not so much yesterday’s memory as tomorrow’s disorder. They are refusals to take for granted that the spiraling inheritance of inequality and inequity, the deepening oligarchic imbalances of power, and the overlooked inaccessibilities and injustices of the everyday and the faraway are somehow naturalized and ahistorical inevitabilities.

Irvine, California, May 2014



**Frente 3 de Fevereiro**, Documentación de tres acciones: *Negro salve*, 14 de julio de 2005; *Onde estão os negros?*, 14 de agosto de 2005; *Zumbi somos nós*, 20 de noviembre de 2005. Fotografía—Photography: Frente 3 de Fevereiro y Peetssa [Cat. 10]

# w is for white



white adj. colour of milk or fresh snow, innocent, unstained, pure, unblemished, bright, anti-revolutionary, auspicious, reliable, favourable, honorable, honest, upright, without bloodshed, free from guilt.

SOURCES: CHAMBERS & OXFORD DICTIONARIES

by the games and pranks of Mr. Lincoln's two younger children, William



LINCOLN AND HIS SON AT THE WHITE HOUSE

and Thomas. The two little boys, aged eight and ten, with their Western



32 Rajkamal Kahlon, *El hombre de Vitruvio—Vitruvian Man*, 2013 [Cat. 12]



- Make place for the white guy



Hey, what's that damned thing?



- White people will have shown anything  
you can imagine



- Here he comes





Kader Attia, *La reparación—The repair*, 2012 Vista—View at KW-Institute for Contemporary Art, Berlín. Fotografía—Photography: Simon Vogel [Cat. 1]

# Mundo cero

---

ACHILLE MBEMBE



Alexander Apóstol, *El cacao—The Cocoa*, 2010 [Cat. 2]

Antes de convertirse en un Estado racista en 1948, el racismo en Sudáfrica se manifestó en primer término como una inversión peculiar en la elaboración cognitiva de las personas, las cosas y las relaciones (sus respectivas cualidades y las escalas mediante las que las equivalencias, las diferencias y la incommensurabilidad entre ellas podían establecerse de manera formal). Como una forma de mercancía potencial, la vida y el trabajo negros no sólo eran necesarios, sino también valorados por su utilidad industrial. Pero las especificidades de la forma de la mercancía y las particularidades del mercado en el que los negros fueron obligados a circular estaban predeterminadas por una lógica de gasto productivo que era el fundamento esencial de una institución racializada de la propiedad privada.

En el contexto en el que el control de los cuerpos nativos se había convertido en la nueva frontera de la acumulación del capital, el supuesto era que gastar la vida negra por el bien de la ganancia era un sacrificio necesario —un sacrificio que podía redimirse porque servía como fundamento de la civilización. Es por ello que, durante el apartheid, el racismo se convirtió no sólo en una manera de mantener las diferencias biológicas entre las personas. Su función fue la de establecer una relación contradictoria entre la instrumentalidad de la vida y el trabajo negros en la esfera del mercado, por una parte, y la constante depreciación de su valor y sus cualidades por las fuerzas de la intolerancia y los prejuicios, por la otra.

De hecho, la creencia de que el trabajo negro pertenecía a los dominios de la necesidad y del uso era fundamental para la forma de capitalismo que reforzó el apartheid. La vida nativa, a su vez, era a un tiempo indispensable y prescindible. Puesto que la vida nativa era vista como excesiva y condenada por su naturaleza a la autodestrucción, constituía la riqueza potencial que podía ser gastada con despilfarro. Aunque muchos blancos en Sudáfrica estaban poco dispuestos a realizar trabajos manuales, convencidos de que los nativos eran “individuos indolentes cuyo retraimiento habitual hacia el trabajo los convirtió en una especie de clase ociosa desnuda”. Como consecuencia, “la confiscación de tierras, los impuestos discriminatorios, y todos los medios que se utilizan para incorporarlos al mercado laboral” se

justificaban por razones morales, “ya que atacaron la superstición y la pereza”.<sup>1</sup>

Y sin embargo, la propia población trabajadora quedó expuesta a una depredación continua. Un sistema de trabajo basado en una división racial rígidamente jerárquica echó raíces, a medida que cientos de miles de negros en las minas martillaban “agujeros en la roca para las cargas de dinamita, sus torsos desnudos negros relucientes de sudor a lo largo de corredores de una milla o dos de largo”. Se perforaron pozos verticales “en el suelo para explotar los filones a varios cientos de metros bajo la superficie. Ése fue apenas el comienzo de los pozos que finalmente alcanzaron profundidades de una milla y más, y de explotaciones subterráneas con una longitud combinada de miles de kilómetros”.<sup>2</sup> Cuando los mineros negros resurgían del “sarcófago”, con el polvo color gris blanquecino (sílice) de las minas en sus ropas y rostros, uno podía escuchar el daño de la silicosis en su tos y ver sus efectos en los frecuentes entierros.

Pero la ley racial bajo el apartheid también debe entenderse como una constelación de identificaciones imaginarias, una economía de la negación y el desplazamiento, que comienza por la negación de los colonos de compartir un origen o destino común con los nativos. Esta serie de negaciones y desplazamientos se convirtió en emociones y pasiones, en afectos, leyes e instituciones. De hecho, la existencia de un vacío en la estructura simbólica es la condición previa para que el impulso racista emerja. Para que cualquier forma de racismo pueda operar “lo que está excluido de lo simbólico reaparece en lo real” de una forma delirante, alucinada. Es por ello que el Estado del apartheid fue el primer y más importante Estado psicótico. El delirio se expresó en la forma de una represión primaria a la vez política y psíquica. Así, por ejemplo, la vigilancia policiaca de la sexualidad manifiesta, entre otros aspectos, “la determinación [del Estado] de prohibir el sexo a través de límites

---

1— C. W. de Kiewet, *A History of South Africa*, Oxford, Oxford University Press, 1957, pp. 83-85.

2— Sara Millin, *The South Africans*, Londres, Constable, 1926, p. 80.

raciales”,<sup>3</sup> la estigmatización del mestizaje, la criminalización de la homosexualidad.

Como proyecto, el apartheid consistía en el trazo de líneas relativamente rígidas de separación que impregnaban la vida cotidiana de los segmentos sociales o raciales que diferían en su naturaleza y marchaban a diferentes ritmos. Las líneas del apartheid eran de diferentes tipos: líneas de quiebre, líneas abstractas, líneas sin forma, líneas de muerte, grietas dibujadas en carne y hueso, siguiéndose unas a otras, haciendo cortes transversales en la superficie e intersecándose por un momento por debajo con aún más líneas de diferente naturaleza. La segmentación (o el trazo de las líneas de separación) se extendió a las instituciones, a las relaciones entre las personas, el espacio y los territorios, e incluso a los sentimientos. Su objetivo era atribuir garantías y el control de la identidad (incluyendo la identidad personal) de cada individuo y entidad; hacer todo calculable, previsible y previsto. También permitió una distribución de los movimientos regulada, aunque desigual. Al cartografiar una cuadrícula que controló líneas de tensión, movimientos y territorios, el proyecto del apartheid aspiraba a ser geometría pura.

Pero trazar haces de líneas en la vida de la gente no era suficiente si estas líneas no eran además dispositivos estratégicos en el proceso de composición de diversos tipos de mapas: mapas de percepción, mapas de gestos, mapas de la lengua. Para que la segmentación fuera posible en lo absoluto y para que se produjeran divisiones por superposición, era necesario un aparato de Estado centralizado, fijo. Este último funcionaba como un vector de fusión y de escisión. La casa, la familia, la calle, la fábrica, el complejo minero, la escuela, el ejército, la iglesia, el trabajo en sí, se segmentaban de forma binaria, lineal y circular.

Cada centro de poder, según argumentan Deleuze y Guattari, tiene tres zonas: su zona de potencia, su zona de indiscernibilidad, “en relación con su difusión en un tejido microfísico”, y su zona de impotencia. Esta última se relaciona con los flujos, cuyo poder “sólo puede convertir, sin

---

3— Deborah Posel, “Sex, Death and the Fate of the Nation: Reflections on the Politicization of Sexuality in Post-Apartheid South Africa”, *Africa*, núm. 75 (primavera de 2005).

llegar a controlarlos ni a determinarlos”.<sup>4</sup> Como forma de gobierno, se puede decir que el apartheid extraía su poder, paradójicamente, de lo más profundo de su impotencia. La polis del apartheid nunca fue una entidad totalmente excluyente, heterogénea como era. Estuvo constantemente marcada por una dialéctica de la distancia y la proximidad, la separación y la implicación, las dependencias recíprocas. Pero cada una de estas lógicas contribuyó a su manera a la conformación de la estructura de la desigualdad racial.

Sin embargo, el Estado racial en Sudáfrica combinó diversas tecnologías de poder. En relación con los negros, las técnicas del poder y el beneficio se centraron en el cuerpo: en el cuerpo individual del trabajador migrante y en el cuerpo racial de la población. Estos cuerpos fueron serializados y sometidos a diversos aparatos de captura y distribución espacial. El municipio, los albergues, el complejo minero y la cárcel eran las instituciones reguladoras más destacadas que conformaron la vida de los trabajadores negros en la ciudad. Eran parte de la forma urbana y sin embargo estaban separados de ella. Como formaciones paralelas, estuvieron constantemente entrelazados con la ciudad, incorporándose a sí mismos en el régimen heterogéneo de los signos que el apartheid había producido.

El sitio por excelencia de la anatomo-política del cuerpo negro fue el complejo minero. Forma degradante de vivienda para la clase obrera, el complejo era un recinto rodeado por una alta valla de lámina ondulada y cubierto por tela metálica. Vivían veinte hombres por habitación, en chozas o cabañas de lámina construidas contra la valla. Iban a trabajar a lo largo de un túnel, compraban alimentos y vestimenta en las tiendas de la compañía, y recibían atención médica gratuita pero no sus salarios en caso de enfermedad, todo ello dentro del complejo. Los hombres que iban a ser liberados eran confinados en celdas de detención por varios días, durante los cuales sólo llevaban mantas y guantes de cuero sin dedos asegurados

---

4— Gilles Deleuze y Félix Guattari, *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1987, p. 226 [versión española: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. de José Vázquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larraceleta, 6a. ed., Valencia, Pre-Textos, 2004, p. 230].

con candado a sus muñecas, tomaban purgantes, y se les examinaba para buscar piedras ocultas en cortes, heridas, hinchazones y orificios.<sup>5</sup> Un supuesto contrato de trabajo se convertía en una pena de prisión.

Otra característica del régimen del apartheid fue su estrecha articulación con el biopoder. Bajo el apartheid, los derechos de matar, dejar sobrevivir y dejar morir se ejercieron en un contexto paradójico. Por un lado, Sudáfrica difería de los Estados Unidos y Australia en que la distribución racial de la muerte no diezmaba a la población nativa. De hecho, esto no podía permitirse, ya que se necesitaba mano de obra nativa como materia prima para mantener vivos a los blancos. Según Arendt, fue “esta dependencia absoluta en el trabajo de los demás y este absoluto desprecio por el trabajo y la productividad en cualquiera de sus formas lo que transformó al holandés en el bóer y dio a su concepto de raza un significado marcadamente económico”. Los bóers, añade, “fueron el primer grupo europeo completamente alienado del orgullo que el hombre occidental sentía al vivir en un mundo creado y fabricado por sí mismo. Trataron a los naturales como materia prima y vivían de ellos como uno podría vivir de los frutos de los árboles silvestres”.<sup>6</sup>

Por otro lado, con el fin de matar o dejar vivir, el Estado del apartheid utilizó diferentes dispositivos y tecnologías en distintos momentos. En términos de Foucault, el Estado racial primero aseguró la distribución espacial de los negros y la organización, en torno a los cuerpos negros, de un régimen de visibilidad y vigilancia. Las técnicas utilizadas para el control de estos cuerpos eran precisamente aquellas que Foucault identifica en la Europa de los siglos XVII y XVIII. Su objetivo era incrementar la fuerza productiva del trabajo negro de la manera menos costosa posible. Se estableció todo un sistema de vigilancia, jerarquías, inspecciones, arrestos y detenciones, el centro del cual eran las Pass Laws (Leyes de pases). Otras técnicas estaban directamente relacionadas con aquellos aspectos de la ingeniería social

---

5— Jack y Ray Simons, *Class and Colour in South Africa, 1850-1950*, Londres, International Defence and Aid Fund for Southern Africa, 1983, p. 42.

6— Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1966, pp. 193-194.

que se ocupaban de las epidemias (como la tuberculosis) y la posibilidad de muerte frecuente.

La vida bajo el apartheid se vivió entre las líneas y detrás de ellas. La figura más evidente de esta dialéctica de la distancia y la proximidad era el trabajo doméstico y, en particular, las “nanas negras” de los suburbios, “laborando solas dentro de las casas de los blancos, y de vez en cuando reuniéndose afuera, en las aceras”. Al comentar sobre el libro de fotografías de Ernest Cole de la vida bajo el apartheid, *House of Bondage* (La casa de la esclavitud, 1967), Rory Bester señala a esta enigmática figura de la modernidad urbana de Sudáfrica, en cuyas espaldas crecieron muchos niños blancos y cuyos “deberes rutinarios incluían una ronda diaria de limpieza, barrer, pulir, ordenar y quitar el polvo”, hacer las camas y “servir a la familia a las horas de comida”.<sup>7</sup>

La Group Areas Act (Ley de zonas reservadas) de 1950 había declarado ilegal que los trabajadores negros vivieran bajo el mismo techo que sus empleadores blancos. “De ahí el desarrollo de dependencias externas —o ‘habitaciones de criadas’— para los trabajadores domésticos negros, habitaciones que a menudo eran apenas lo suficientemente grandes para una cama y un baño de servicio”.<sup>8</sup> Pero la nana negra no era la única metáfora viviente de las relaciones inextricables entre negros y blancos, también lo era el trabajador migrante. Como señaló el historiador C.W. de Kiewet, la segregación nunca supuso una verdadera separación entre dos comunidades distintas. Los prejuicios que la raza y el color engendraron ocultaban siempre una estrecha imbricación entre las vidas de blancos y negros. Después de haber sido privados de la mayor parte de los recursos clave necesarios para prosperar, a los nativos sólo les quedó una cosa para vender: su fuerza de trabajo. De hecho, desde la primera fase de la colonización blanca en Sudáfrica, la confiscación de tierras había ido de la mano con la anexión de la mano de obra, los impuestos discriminatorios y la casi extinción de la propiedad nativa. Impulsados a buscar

---

7— Rory Bester, “City and Citizenship”, en Okwui Enwezor (ed.), *The Short Century*, Múnich, Prestel, 2001, p. 222.

8— *Ibid.*

un medio de vida dada la expropiación de su propia tierra, los nativos entraron en una sociedad europea que era en sí misma económicamente atrasada y demasiado pobre e improductiva para convertir su trabajo en cuenta rentable. Sin embargo, “para el momento en que se recogieron diamantes y se descubrió oro, negros y blancos estaban ya muy avanzados en el camino hacia una nueva sociedad en la que ambos elementos se unieron indisolublemente en las más estrechas relaciones económicas”.<sup>9</sup>

En las ciudades del apartheid, en particular, los segmentos raciales interactuaron entre sí en muy diferentes maneras. Siempre había una sombra social que escapó del imaginario apartheid binario y sus intentos de totalización. Al escribir sobre la urbanizaciones negras y los asentamientos ilegales a mediados de los años ochenta, Lawrence Schlemmer observó que “el patrón bien ordenado [de la planeación del apartheid] ha sido roto más y más, de manera abierta y manifiesta, por un fenómeno informal muy visible: el crecimiento masivo de asentamientos ilegales y de chabolas en las afueras de algunos complejos industriales. El sistema formal de residencia prevista y el movimiento controlado han sido violados a la vista de todos [...]. Hay gente que construye casas y comunidades en desarrollo fuera de las puertas del ‘complejo’, por así decirlo”.<sup>10</sup> La residencia ilegal y el trabajo en la ciudad eran sólo una parte de una serie de tácticas que incluían evadir las leyes de pases, diversas formas de boicot y campañas de desafío y desobediencia civil.

Este patrón de inclusión disyuntiva puede explicarse por tres factores. En primer lugar, el aparato del Estado del apartheid opera como una “máquina” que era a la vez territorial y desterritorializante. Como red de conexiones exclusivas, se superpone y yuxtapone a una organización geográfica y a la organización de la *gens* heredada del periodo de guerras fronterizas. A finales del siglo XIX, “algunos territorios habían sido anexados por completo; otros eran parcialmente dependientes y unos más eran

---

9— De Kiewet, *op. cit.*, pp. 179, 184-187.

10— Lawrence Schlemmer, “Squatter Communities: Safety Valves in the Rural-Urban Nexus”, en Hermann Giliomee y Lawrence Schlemmer (eds.), *Up Against the Fences: Poverty, Passes, and Privilege in South Africa*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1985, p. 168.

completamente independientes [...] la tenencia tribal y la propiedad privada coexistían lado a lado con la usurpación y la absoluta falta de tierra”,<sup>11</sup> mientras que las fuerzas de dispersión de los conflictos locales y la presión de los colonos causaron que los grupos étnicos se fragmentaran o se incrustaran en otros más grandes.

En una línea que continuaba las políticas coloniales anteriores, el Estado del apartheid estableció —tanto entre las personas como entre los territorios y la gente— relaciones que eran a la vez conjuntivas y segregacionistas. Aunque firmemente unida a la ley, la segregación era sólo uno de los muchos modos de despliegue del Estado del apartheid. En las ciudades (especialmente en el caso de los empleados domésticos), en las minas y en los pueblos y granjas rurales, otras modalidades interraciales lindaban la intimidad y el paternalismo —lo que no significa que fueran menos extractivas o coercitivas. A pesar de o debido al deseo y el trabajo conscientes de separar, ordenar y prohibir, la microfísica diaria del racismo llegó a estar integrada por múltiples formas de transgresión y codependencia, especialmente en áreas donde se necesitaba el trabajo negro o servil. Debido a la lógica de la segmentación y las divisiones superpuestas, cruzar fronteras, transgredirlas o eludirlas se convirtió en la principal modalidad de acción de los negros en la ciudad.

En segundo lugar está el hecho, ya mencionado, de que el aparato del Estado del apartheid también funcionó como una máquina de desterritorialización. La desterritorialización supuso la apropiación de la tierra, el desmontaje de los linajes territoriales más antiguos, la formación de neoterritorios y enclaves artificiales (“reservas”, “territorios tribales”, “bantustanes”), su sobrecodificación y la transformación progresiva en fragmentos y formas parciales dispersas dependientes del cuerpo del Estado blanco. En gran medida, la formación de la ciudad racial del apartheid fue inseparable de la institucionalización y la desaparición de las “reservas”, los territorios semiautónomos que a partir de principios del siglo XX servían para regular el flujo de mano de obra migrante y reducir al mínimo el gasto social urbano. Según Hermann Giliomee,

---

11— De Kiewet, *op. cit.*, p. 149.

las reservas mantuvieron su papel en la reproducción del trabajo, incluso después de que sus funciones políticas cambiaron.<sup>12</sup> De hecho, las reservas no sólo sirvieron como base exclusiva para los trabajadores migrantes, también justificaron la exclusión de los negros por tenencia o arrendamiento de tierras de cultivo en las zonas rurales blancas. Aún más importante, sustentaron la “política de segregación posesoria”,<sup>13</sup> por lo que encarnaron la privación de los derechos negros y el rechazo de los reclamos negros a la ciudadanía en Sudáfrica.

En muchos aspectos, el desarrollo de las reservas fue similar a una reconfiguración de la naturaleza misma de la soberanía. Ésta se repartió de acuerdo con supuestas diferencias entre los grupos étnicos negros a pesar de sus interconexiones. En el marco del cálculo del apartheid, la fragmentación territorial significaba determinar libertades separadas y ciudadanías distintas dependiendo de si uno era negro o blanco y, sobre todo, para expresar formas etno-raciales de soberanía.

En tercer lugar, como máquina territorial y de desterritorialización, el sistema del apartheid privilegió el grafismo como medio de control de los cuerpos y de sus movimientos en el espacio. El grafismo consistía sobre todo en trazar marcas en el cuerpo-territorio. También suponía diversos actos de codificación de los cuerpos negros y no negros y, sobre todo, los esfuerzos legislativos para definir las distintas razas y hacer cumplir por separado el uso, la ocupación y la propiedad de los recursos críticos. Se promulgó en los pequeños gestos de la vida cotidiana, como caminar en público, o, de manera más general, en las leyes de pases. Como hemos visto, la segmentación territorial fue una forma clave de la inscripción del poder del Estado en el paisaje.

Sin embargo, el lugar principal de esta inscripción fue el propio cuerpo negro. Podía buscársele todos los días al final de la jornada en las minas. Podía ser desnudado y obligado a saltar por encima de barras. El cabello, la nariz, la boca, las orejas o el recto podían ser examinados con

---

12— Hermann Giliomee, “The Changing Political Functions of the Homelands”, en Giliomee y Schlemmer (eds.), *op. cit.*, pp. 39-42.

13— Bester, *op. cit.*, p. 219.

extremo cuidado. Los azotes con un *sjambok* (un látigo de cuero) o un cordón, o los puñetazos, eran la regla. Con el fin de conmemorarse a sí mismos, los poderes públicos y privados trazaron sus signos sobre la piel desnuda del cuerpo negro. Lo asediaron y pusieron al descubierto mediante diversas técnicas: la escisión, la incisión, la talla, el escarificado, la mutilación o el cerco. Así es como se trastornó la capacidad de trabajo: aislando y singularizando diferentes momentos del proceso de reproducción social; inscribiendo la tortura, el castigo y la muerte, y creando deudas mediante el daño, la lesión, el dolor y la humillación.

A pesar de todo esto, no hay que perder de vista el carácter incompleto del régimen del apartheid y sus intentos de colonización de la sociedad. Por ejemplo, una ciudad como Johannesburgo, para muchos de los negros que emigraron allí, ofreció un sentido de liberación cultural, un estado parcial de libertad, de embriaguez si no de alivio. El potencial de la libertad se basaba tanto en el flujo sensorial de la experiencia urbana como en la contingencia y la imprevisibilidad de la vida cotidiana. El orden y la alteración iniciaron al mismo tiempo. La resistencia política como respuesta a los desalojos, el confinamiento y los intentos de regimentación allanó el camino para una poderosa narrativa de la libertad. Los negros reformularon, yuxtapusieron, engañaron y trabajaron contra las concreciones del poder. Confrontados por las cruelezas de un mundo desnudo, también, en ocasiones, se coludieron con ellas de mil maneras. En el proceso, expusieron la contingencia del apartheid y la inestabilidad estructural de su autoridad. Así es como Johannesburgo se convirtió en una ciudad heteroglota. Hacer y rehacer sus formas dio a la ciudad su calidad fugitiva. Más que cualquier otra figura, el trabajador migrante negro personificó esta experiencia de la transitoriedad y la yuxtaposición, del desplazamiento y la precariedad. El flujo de las circunstancias urbanas y una experiencia del tiempo como provisional se convirtió en el sello distintivo de la sensibilidad urbana del trabajador migrante; la incomodidad nerviosa y la improvisación se convirtieron en elementos esenciales de la práctica de la vida cotidiana.

La arquitectura y el urbanismo del apartheid mostraban una racionalidad instrumental que combinaba un imaginario urbano pastoral para los ciudadanos blancos y

una militarización de los espacios negros. Al principio, este imaginario pastoral tomó forma en el diseño de los suburbios y en las formas arquitectónicas domésticas. Cientos de casas de campo se extendieron por kilómetros. Se crearon jardines y se plantaron árboles a lo largo de las avenidas. En Johannesburgo, los primeros millonarios construyeron mansiones, espaciosos bungalows de una sola planta con amplias terrazas victorianas, llenas de objetos decorativos de madera y hierro forjado, torretas y otros adornos. La experiencia de la casa fue determinada por el impacto sensorial de los materiales de construcción y la inversión en superficies visuales. Entre los más importantes signos de distinción y estatus se encontraban las columnas de mármol, los mosaicos, los grandes ventanales, las cornisas de alabastro para las chimeneas, los cielorrasos pintados. El uso de materiales falsos estuvo muy extendido entre los menos ricos y se vio apoyado por una cultura emergente de la farsa y el artificio, la superficialidad y la vacuidad. El enlucido podía disfrazarse como mármol, el ladrillo como piedra. Más importante todavía fue la separación entre el mundo interior y el mundo exterior, o entre los miembros de la familia y el servicio doméstico, que se convirtió en un aspecto determinante de la subjetividad blanca. La planificación urbana trató de evitar, en la medida de lo posible, las superposiciones y los conflictos. El papel de la arquitectura y la planificación era trazar las particiones dentro de espacios bien definidos, con claras fronteras de protección a fin de evitar los efectos perturbadores de la mezcla de razas.

Con el fin de la segregación legalmente autorizada, la Sudáfrica actual está cada vez más obligada a reconstruirse a partir de fragmentos heterogéneos y, en ocasiones, de la yuxtaposición fortuita de formas, imágenes, recuerdos, citas y alusiones a partir de sus historias fraccionadas. El espacio heredado del apartheid está en sí extraído y tendido en un proceso de estructuración y desestructuración que ha establecido diferentes repertorios de imaginación espacial en conflicto: un país estriado que concatena lo más formal y moderno con lo más informal. En la mayoría de los casos, prefigura el poder de un nuevo impulso, una nueva intensidad. En otros más, los elementos heredados son destruidos para dar paso a la creación de lo nuevo.

La experimentación con la Comisión para la Verdad y la Reconciliación (y su consecuente deber de recordar) ha llegado a su fin. Nuevos géneros de escritura del momento se han desencadenado y el tiempo es ahora el de la corrección y el borrado, el olvido regresivo. Ante la extrañeza de lo familiar como resultado de la caída del régimen racista, muchos ahora tienen como objetivo volver a lo arcaico como una manera de congelar los cambios rápidos. Entre diversos sectores de la población blanca, en particular, el apego a un objeto perdido que proporcionaba comodidad es cada vez mayor. El inconsciente ha acomodado fácilmente la supervivencia de las formaciones arcaicas junto a otras que las han suplantado. La negación de la época ha sustituido a la conmemoración. Una pantalla activa se ha establecido entre el sujeto y el mundo circundante que filtra las realidades no deseadas. Las marcas del pasado no son recuerdos literales, son sólo rastros. El desplazamiento se ha convertido en la norma.



Yutsil Cruz, *Mestizo Mex*, 2014 [Cat. 8]





**Santiago Sierra**, *Estudio económico de la piel de los caraqueños—  
Economic Study of the Caraqueños' Skin*, 2006 [Cat. 35]

# Zero World

---

ACHILLE MBEMBE



Daniela Ortiz, *97 empleadas domésticas—97 Domestic Employees*, 2010 [Cat. 31]

Before it took the form of a racist state in 1948, racism in South Africa first manifested itself as a peculiar investment in the cognitive framing of people, things, and relationships (their respective qualities and the scales by which equivalences, differences, and incommensurability between them could be formally established). As a potential commodity form, black life and labor were not only needed but also valued for their industrial utility. But the specifics of the commodity form and the particulars of the market in which blacks were forced to circulate were predetermined by a logic of productive expenditure that was the key underpinning of a racialized institution of private property.

In the context in which the control of native bodies had become the new frontier of capital accumulation, the assumption was that expending black life for the sake of profit was a necessary sacrifice—a sacrifice that could be redeemed because it served as the foundation of civilization. This is why under apartheid, racism became not only a way of maintaining biological differences among persons. Its function was to institute a contradictory relation between the instrumentality of black life and labor in the market sphere, on the one hand, and the constant depreciation of its value and its qualities by the forces of bigotry and prejudice, on the other.

Indeed, foundational to the form of capitalism that buttressed apartheid was the belief that black labor pertained to the domains of both need and use. Native life, in turn, was both indispensable and expendable. Because native life was seen as excessive and naturally doomed to self-destruction, it constituted potential wealth that could be lavishly spent. Although many whites in South Africa were disinclined to undertake manual labor, they were convinced that the natives were “indolent individuals whose habitual shyness of work made them sort of naked leisure class.” As a consequence, “confiscation of land, discriminatory taxation, and all means used to drive [them] into the labor market” were justified on moral grounds “because they struck at superstition and sloth.”<sup>1</sup>

Yet the same population that labored was exposed to continual depredation. A labor system based on a rigidly

---

1—C. W. de Kiewet, *A History of South Africa* [Oxford: Oxford University Press, 1957], pp. 83-85.

hierarchical racial division became entrenched, as hundreds of thousands of blacks in the mines hammered “holes into the rock for dynamite charges, their black naked torsos glistering with sweat along corridors a mile, two miles long.” Vertical shafts “had to be driven into the ground to tap the reefs several hundreds of feet below the surface. That was but the beginning of shafts that would finally reach depths of a mile and more, and of underground workings with a combined length of thousands of miles.”<sup>2</sup> As black miners reemerged from the “sarcophagus” with the whitish gray mine dust (silica) upon their clothes and faces, one could hear the damage of silicosis in their coughing and see its effects in the frequent funerals.

But the law of race under apartheid should also be understood as a constellation of imaginary identifications, an economy of denial and displacement, beginning with the settler’s denial of a common origin or destiny between them and the natives. This series of denials and displacements was converted into emotions and passions, affects, laws, and institutions. Indeed, the existence of a void in the symbolic structure is the precondition for the racist drive to emerge. For any form of racism to operate at all, “what is foreclosed in the Symbolic must reappear in the Real” in a delirious, hallucinatory form. This is why the apartheid state was the first and foremost psychotic state. Delirium was expressed in the form of a primal repression at once political and psychic. Thus, for instance, the policing of sexuality manifested, among other ways, in the state’s “determination to prohibit sex across racial boundaries,”<sup>3</sup> the stigmatization of miscegenation, the criminalization of homosexuality.

As a project, apartheid consisted in the drawing of relatively rigid lines of separation that pervaded the everyday life of social or racial segments differing in nature and marching to different beats. Apartheid lines were of different kinds—break lines, abstract lines, formless lines, lines of death, crack lines drawn on flesh and blood, following one another, crosscutting on the surface and intersecting for a moment underneath by yet more lines of different nature.

---

2—Sara Millin, *The South Africans* [London: Constable, 1926], p. 80.

3—Deborah Posel, “Sex, Death and the Fate of the Nation: Reflections on the Politicization of Sexuality in Post-Apartheid South Africa,” *Africa* 75 [Spring 2005].

Segmentation [or the drawing of lines of separation] extended to institutions, relations between people, space and territories, and even feelings. Its aim was to assign guarantee, and control the identity [including personal identity] of each individual and entity; to make everything calculable, predictable, and foreseen. It also allowed for regulated, albeit unequal, distribution of movements. In mapping a grid that held in tension lines, movements, and territories, the apartheid project aspired to be pure geometry.

But drawing bundles of lines in people's lives was not enough if these lines were not strategic devices in the process of composition of various kinds of maps—maps of perception, maps of gestures, maps of language. For segmentation to be possible at all, and for overlapping divisions to be produced, a fixed, centralized state apparatus was necessary. The latter operated as a vector of both fusion and scission. The house, the family, the street, the factory, the mining compound, the school, the army, the church, work itself were segmented in a binary, linear, and circular fashion.

Every central power, argue Deleuze and Guattari, has three zones: its zone of power, its zone of indiscernibility “relating to its diffusion throughout a microphysical fabric,” and its zone of impotence. The latter relates to flows such power “can only convert without being able to control or define.”<sup>4</sup> As a form of rule, it can be said of apartheid that it is from the very depths of its impotence that it paradoxically drew its power. The apartheid polis was never a totally foreclosed entity, heterogeneous as it was. It was constantly marked by a dialectics of distance and proximity, separation and entanglement, reciprocal dependencies. But each of these logics contributed in its own way toward shaping the structure of racial inequality.

Yet, the racial state in South Africa combined various technologies of power. In relation to blacks, the techniques of both power and profit were centered on the body: the individual body of the migrant worker and the racial body of the populace. These bodies were serialized and subjected to various apparatuses of capture and spatial distribution. The

---

4—Gilles Deleuze and Félix Guattari, *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia* [Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987], p. 226.

township, the hostels, the mine compound, and the jail were prominent regulatory institutions that shaped the lives of black workers in the city. They were part of the urban form and yet separate from it. Parallel formations, they constantly intertwined with the city, embedding themselves in the heterogeneous regime of signs that apartheid had produced.

The site par excellence of the anatomo-politics of the black body was the mine compound. A debasing form of working-class housing, the compound was an enclosure surrounded by a high corrugated iron fence and covered by wire netting. The men lived twenty to a room, in huts or iron cabins built against the fence. They went to work along a tunnel, bought food and clothing from the company's stores, and received free medical treatment but no wages during sickness, all within the compound. Men due for discharge were confined in detention rooms for several days, during which they wore only blankets and fingerless leather gloves padlocked to their wrists, swallowed purgatives, and were examined for stones concealed in cuts, wounds, swellings and orifices.<sup>5</sup> A supposed labor contract was converted into a period of imprisonment.

Another characteristic of apartheid rule was its close articulations with biopower. Under apartheid, the rights to kill, to let survive, and to let die were exercised in a paradoxical context. On the one hand, South Africa differed from the United States and Australia in that the racial distribution of death did not lead to the native population's decimation. Indeed, this could not be allowed to happen, since native labor was needed as a raw material to keep whites alive. According to Arendt, it was "this absolute dependence on the work of others and complete contempt for labor and productivity in any form that transformed the Dutchman into the Boer and gave his concept of race a distinctly economic meaning." The Boers, she adds, "were the first European group to become completely alienated from the pride which Western man felt in living in a world created and fabricated by himself. They treated the natives as a raw material and lived on them as one might live on the fruits of wild trees."<sup>6</sup>

---

5— Jack and Ray Simons, *Class and Colour in South Africa, 1850-1950* [London: International Defence and Aid Fund for Southern Africa, 1983], p. 42.

6— Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* [New York: Harcourt, Brace & World, 1966], pp. 193-94.

On the other hand, in order to kill or to let live, the apartheid state used different devices and technologies at different times. To use Foucault's terms, the racial state first ensured the spatial distribution of blacks and the organization, around black bodies, of a regime of visibility and surveillance. The techniques used to control these bodies were precisely those that Foucault identified in seventeenth- and eighteenth-century Europe. Their aim was to increase the productive force of black labor in the least costly way possible. A whole system of surveillance, hierarchies, inspections, arrests and detentions was established, at the center of which were the pass laws. Other techniques were directly related to those aspects of social engineering that dealt with epidemics (like tuberculosis) and the possibility of frequent death.

Life under apartheid was lived in-between and behind the lines. The most obvious figure of this dialectic of distance and proximity was the domestic worker and, in particular, the "black nannies" of the suburbs, "toiling alone inside white homes, and occasionally meeting on the pavements outside." Commenting on the Ernest Cole's book of photographs of life under apartheid, *House of Bondage* [1967], Rory Bester points to this enigmatic figure of South African urban modernity on the back of whom so many white children grew up and whose "routine duties involved a daily round of cleaning, sweeping, polishing, tidying and dusting," making beds, and "serving the family at meal times."<sup>7</sup>

The Group Areas Act of 1950 had made it illegal for black workers to live under the same roof as their white employers. "Hence the development of outbuildings—or 'maid's rooms'—for black domestic workers, rooms often just big enough for a bed and a toilet."<sup>8</sup> But the black nanny was not the only living metaphor of the inextricable relationships between blacks and whites. So was the migrant worker. As historian C. W. de Kiewet noted, segregation never entailed a real separation between two distinct communities. The prejudices that race and color engendered always hid a close weaving between black and white lives. Having been

---

7—Rory Bester, "City and Citizenship," in *The Short Century*, edited by Okwui Enwezor [Munich: Prestel, 2001], p. 222.

8—Ibid.

deprived for the most part of the key resources necessary to prosper, the natives were left with one thing to sell, their labor. Indeed, since the earliest phase of white settlement in South Africa, the confiscation of land had gone hand in hand with the annexation of labor, discriminatory taxation, and the quasi-extinction of native property. Driven by destitution from their own land to seek a livelihood, the natives entered a European society that was itself economically backward and too poor and unproductive to turn their labor to profitable account. But “by the time diamonds were picked up and the first gold was discovered, black and white were far on the way to a new society in which both elements were joined indissolubly to one another in the closest economic relationships.”<sup>9</sup>

In the apartheid city in particular racial segments interacted with one another in a number of different ways. There was always a social shadow that escaped the apartheid binary imaginary and its attempts at totalization. Writing about black urbanization and the squatter communities in the mid-1980’s, Lawrence Schlemmer observed that “the well-ordered pattern [of apartheid planning] has more and more been broken, openly and manifestly, by a very visible informal phenomenon—the growth of massive squatter and shack settlements on the edge of some industrial complexes. The formal system of planned residence and controlled movement has been breached for all to see [...]. There are people building homes and developing communities outside the ‘compound’ gates, as it were.”<sup>10</sup> Illegal residence and work in the city were only part of an array of tactics that included pass law evasions, various forms of boycott, and campaigns of defiance and civil disobedience.

This pattern of disjunctive inclusion can be explained by three factors. First, the apartheid state apparatus operates as a “machine” that was both territorial and deterritorializing. A network of exclusive connections, it superposed and juxtaposed a geographic organization and the organization of *gens* inherited from the frontier wars period. By the end of

---

9— De Kiewet, *A History of South Africa*, pp. 179, 84-87.

10— Lawrence Schlemmer, “Squatter Communities: Safety Valves in the Rural-Urban Nexus,” in *Up Against the Fences: Poverty, Passes, and Privilege in South Africa*, edited by Hermann Giliomee and Lawrence Schlemmer [New York: St. Martin’s Press, 1985], p. 168.

the nineteenth century, “some territories had been entirely annexed; some were partly dependent, and others were entirely independent [...] tribal tenure and private ownership existed side by side with squatting and utter landlessness,”<sup>11</sup> while the dispersive forces of local conflicts and settlers’ pressure caused ethnic groups to splinter or become embedded in larger ones.

In continuity with earlier colonial policies, the apartheid state established—both among people and between territories and people—relations that were at once conjunctive and segregative. Although firmly welded to the law, segregation was only one of the apartheid state’s many modes of deployment. In the cities (especially in the case of domestic servants), in the mines, and in the rural towns and farms, other interracial modalities bordered on intimacy and paternalism—which is not to imply that they were less extractive or coercive. Despite or due to the conscious desire and labor of separating, prescribing and prohibiting, the daily microphysics of racism came to be made up of multiple forms of transgression and co-dependency, especially in areas where black or servile labor was needed. Because of the logic of segmentation and overlapping divisions, crossing boundaries, transgressing them, or eluding them became the main modality of action of blacks in the city.

Second is the fact, mentioned above, that the apartheid state apparatus also operated as a deterritorializing machine. Deterritorialization involved the appropriation of land, the disassembling of older territorial lineages, the formation of neoterritories and artificial enclaves (“reserves,” “homelands,” “bantustans”), their overcoding and progressive transformation into fragments and scattered partial forms hanging on the white state’s body. To a great extent, the formation of the racial city of apartheid was inseparable from the institutionalization and demise of the “reserves,” those semiautonomous territories that, beginning in the early twentieth century, served to regulate the flow of migrant labor and to minimize urban welfare spending. According to Hermann Giliomee, the reserves retained their role in the reproduction of labor even after their political

—

11— De Kiewet, *A History of South Africa*, p. 149.

functions changed.<sup>12</sup> Indeed, the reserves not only served as an exclusive home base for migrant laborers, they also justified the exclusion of blacks from holding or leasing farmland in the white rural areas. Even more importantly, they underpinned the “policy of possessory segregation”<sup>13</sup> and therefore embodied black disenfranchisement and the denial of black claims to citizenship in South Africa.

In many ways, the development of the reserves was akin to a reshaping of the very nature of sovereignty. The latter was partitioned according to supposed differences among black ethnic groups despite their interconnections. Under the apartheid calculus, territorial fragmentation meant to determine separate freedoms and separate citizenships depending on whether one was black or white and, above all, to express ethno-racial forms of sovereignty.

Third, as both a territorial and deterritorializing machine, the apartheid system privileged graphism as a mode of control of bodies and their movements in space. Graphism consisted foremost in tracing marks on the body-territory. It also entailed various acts of coding black and nonblack bodies, and above all legislative efforts to define the various races and enforce the separate use, occupation, and ownership of critical resources. It was enacted through small gestures of everyday life, such as walking in public, or more generally, pass laws. As we have seen, territorial segmentation was a key form of the state’s inscription of power onto the landscape.

But the main site of this inscription was the black body itself. It could be searched everyday at the end of the shift in the mines. It could be stripped naked and required to jump over bars. Hair, nose, mouth, ears or rectum could be scrutinized with meticulous care. Floggings with a *sjambok* (leather whip) or tent rope, or striking with fists, were the rule. In order to memorialize themselves, public and private powers traced their signs on the naked flesh of the black body. They belabored it and laid it bare through various techniques: excising, incising, carving, scarifying, mutilating, or encircling. This is how labor capacity was disturbed; different moments of the

---

12— Hermann Giliomee, “The Changing Political Functions of the Homelands,” in *Up Against the Fences*, pp. 39-42.

13— Bester, “City and Citizenship,” p. 219.

social reproduction process isolated and singularized; torture, punishment, and death inscribed; and debts created through harm, injury, pain and humiliation.

Despite all this, one must not lose sight of the incompleteness of apartheid rule and its attempts at colonizing society. For instance, a city such as Johannesburg, for many blacks who migrated there, offered a sense of cultural release, a partial state of freedom, inebriation if not ease. The potential for freedom rested as much on the sensory flow of urban experience as on the contingency and unpredictability of everyday life. Order and disruption went on at the same time. Political resistance in response to evictions, confinement, and attempts at regimentation paved the way for a powerful narrative of freedom. Black people reframed, juxtaposed, misled, and worked against concretions of power. Confronted with the cruelties of a bare world, they also colluded at times with those cruelties in myriad ways. In the process, they exposed the contingency of apartheid and the structural instability of its authority. This is how Johannesburg became a heteroglot city. The making and remaking of its forms gave the city a fugitive quality. More than any other figure, the black migrant worker epitomized this experience of transience and juxtaposition, displacement and precariousness. The flux of urban circumstances and an experience of time as provisional became the hallmarks of the migrant worker's urban sensibility; nervous discomfort and improvisation became essential elements of the practice of everyday life.

Apartheid architecture and city planning manifested an instrumental rationality that combined a pastoral urban imaginary for white citizens with a militarization of black spaces. Early on, this pastoral imaginary took shape in the layout of the suburbs and in domestic architectural forms. Hundred of cottages spread for miles. Gardens were created, and trees were planted along avenues. In Johannesburg, the first millionaires built mansions, spacious single-story bungalows with wide Victorian verandas, plenty of decorative wood- and ironwork, turrets and other embellishments. The experience of home was determined by the sensuous impact of the building materials and investment in visual surfaces. Among the most important signs of distinction and status were the marble columns, mosaics, plate-glass windows, alabaster mantelpieces, painted ceilings. The use of faked

material was widespread among the less wealthy and was aided by an emerging culture of masquerade and artifice, superficiality and hollowness. Plastering could be disguised as marble, brickwork as stone. More importantly, a separation between the indoor world and the world outside, or between members of the family and domestic servants, became a defining aspect of white subjectivity. Urban planning sought to avoid, as much possible, overlays and collisions. The role of architecture and planning was to trace partitions within well-defined spaces with clear protective boundaries so as to avoid the disruptive effects of race mixing.

With the end of legally sanctioned segregation, South Africa nowadays is increasingly forced to reconstruct itself out of heterogeneous fragments and at times fortuitous juxtaposition of forms, images, memories, citations, and allusions drawn from its splintered histories. The space inherited from apartheid is itself drawn out and stretched in a process of enframing and deframing that has set different repertoires of spatial imaginations into collision: a striated, striped country that concatenates the most formal and modern and the most informal. In most instances, they prefigure the power of a new impulse, a new intensity. In still others, inherited elements are destroyed to make way for the creation of the new.

The experimentation with Truth and Reconciliation (and its attendant duty to memorialize) has come to an end. New genres of writing time have been unleashed and the time is now for erasure and effacement, regressive forgetting. Faced with the estrangement from the familiar resulting from the collapse of the racist state, many now aim to return to the archaic as a way of freezing rapid change. Among various sectors of the white population, in particular, the attachment to a lost object that used to provide comfort is increasing. The unconscious has easily accommodated the survival of archaic formations beside others that have supplanted them. The disavowal of time has replaced memorialization. An active screen has been set up between the subject and the surrounding world that filters out unwanted realities. Marks of the past are not literal recollections, only traces. Displacement has become the norm.



Rajkamal Kahlon, *Mujer y paisaje—Woman and Landscape*, 2012 [cat. 14] 63

# Mestizaje

---

FEDERICO NAVARRETE LINARES



Pedro Lasch, *Lenguaje y opacidad—Language & Opacity*, No. 9 de la serie  
*Espejo negro—Black Mirror* (versión Nasher, 2007-2008)

La definición más amplia y supuestamente rigurosa de mestizaje, la mezcla racial o genética entre dos poblaciones biológicas previamente separadas, es un referente inevitable de todas las definiciones históricas del término pero resulta en realidad un concepto vacío de significado. En primer lugar, todas las poblaciones humanas se han mezclado repetidas veces a lo largo de su historia y es más bien el aislamiento lo que constituye una excepción que merece ser explicada. En segundo lugar, la mezcla racial o genética entre personas de diferentes orígenes no tiene en sí misma ningún significado social o cultural, salvo los que les atribuyen las construcciones históricas e ideológicas elaboradas alrededor del concepto de mestizaje.

Por ello, cualquier definición significativa de mestizaje, en el caso de México y de cualquier otro país, debe ser considerada como un producto social e histórico y sus referentes biológicos deberán ser entendidos también como una construcción cultural más que como un fundamento natural.

Desde sus orígenes en el siglo XVI, en los imperios coloniales ibéricos en América, el término *mestizo* (*mestiço* en portugués) se empleó para designar a las personas que eran hijos de la unión entre un padre europeo y una madre indígena. Era una categoría genealógica y, como tal, tenía fronteras móviles. Un “mestizo” que recibiera el apellido de su padre español era considerado legal y socialmente español. Los mestizos que no eran reconocidos por sus padres españoles podían integrarse al grupo de sus madres y por lo tanto serían considerados indígenas.

Únicamente en ciertos contextos urbanos y regionales (como en Lima, la ciudad de México y las regiones mineras del Alto Perú y del norte de la Nueva España, o en la selva amazónica) surgieron con relativa rapidez grupos de personas que no pertenecían claramente ni a los españoles ni a los indígenas y que fueron considerados una “casta” aparte que recibió el nombre de mestiza.

Esta definición colonial de “mestizo” ha sido tradicionalmente considerada el origen del mestizaje en México y en general en América, definido de esta manera como un proceso continuo, gradual y progresivo (muchas veces considerado también inevitable) desencadenado por la conquista europea.

Sin embargo, este primer mestizaje es muy distinto del mestizaje moderno. En las sociedades coloniales americanas,

los mestizos nunca fueron más que un grupo minoritario y relativamente marginal, entre las élites coloniales de origen europeo y los grupos mayoritarios indígenas tributarios o afroamericanos esclavos. Además, no eran la única “casta”, pues se definían también los mulatos (hijos de europeo y africana) y otros grupos producto de uniones entre hombres y mujeres europeos, amerindios, africanos y asiáticos. Las combinaciones eran casi infinitas, como muestran los cuadros de castas de ese periodo, y la tendencia en el régimen pluriétnico y estratificado de las sociedades coloniales era a multiplicar las diferencias entre las diferentes castas, y no a crear una categoría que permitiera la fusión de los distintos grupos.

En contraste, la concepción moderna de mestizaje surgida en el siglo XIX particularmente en México y Brasil, y después en otros países de América, considera a los mestizos como una categoría racial única que debe, idealmente, terminar por absorber a todas las demás y lograr la unificación racial de la nación. Esto les otorga una vocación mayoritaria, en vez de un estatus minoritario, y los convierte en protagonistas de una historia única y teleológica: la de la construcción de la identidad nacional.

La identidad de los mestizos modernos parte de la noción moderna de raza, considerada una realidad biológica general de las poblaciones humanas; por ello, los individuos mestizos son concebidos no como la fusión de dos individuos particulares, sino de dos grupos biológicamente diferenciados y relativamente homogéneos en su interior: la raza blanca y la raza indígena. Por ello, se da por hecho que reúnen las características de ambas, tanto para bien como para mal. En consecuencia, mientras que en el sistema colonial los mestizos podían tener diferentes destinos según el grupo social al que eran adscritos, en el mestizaje moderno su destino es concebido como único y determinado por su origen biológico.

En la práctica, sin embargo, la definición moderna de mestizo no es racial ni biológica, sino social y cultural: es mestizo el que se asume como tal. Hablar español y vestirse con ropas occidentales es suficiente, en muchos casos, para que un individuo o una comunidad indígena, o afroamericana, sea transformada en mestiza. Igualmente, se espera que los inmigrantes de los más distintos orígenes se incorporen a la población mestiza, adoptando el idioma y las costumbres del país.

Por lo tanto, la categoría moderna de mestizo es más programática que descriptiva y tan excluyente como incluyente. Al construir la idea de una nación mestiza, los ideólogos del mestizaje en México y de Brasil, activos entre 1870 y 1940, no describían la realidad de las sociedades nacionales de su tiempo, sino el estado ideal al que debía llegar por medio de la acción estatal y social. México y Brasil debían convertirse en naciones mestizas, pues su unificación racial irreversible era la única manera de evitar la “guerra de castas”, es decir, el enfrentamiento a muerte entre las razas opuestas que formaban la población nacional, y de lograr el progreso nacional.

El mestizaje se planteó también como una solución incluyente, pues permitía “integrar” a los grupos indígenas y afroamericanos, tradicionalmente excluidos, explotados y marginados en la construcción nacional. En ese sentido se consideraba también una cruzada redentora que liberaría a los indios y a los esclavos de la opresión secular. Era, y es frecuente, que los apóstoles de esta religión se congratulen de la generosidad excepcional de México y de Brasil que, en vez de exterminar o confinar a “sus” indios y negros en reservaciones, prefirió incorporarlos a la nación mestiza.

Sin embargo, por su definición misma, el mestizaje moderno es también profundamente excluyente. En primer lugar, en el caso mexicano, se niega radicalmente la presencia de la población de origen africano y asiático y su contribución a la “mezcla racial” mexicana; en el caso brasileño, el mestizaje por contrapartida privilegia la mezcla entre blancos y negros, y excluye a los indígenas. Esta visión dual ha justificado violentas persecuciones e incluso genocidios de grupos que no se consideren compatibles con esta mezcla, como los chinos o los judíos.

El mestizaje es excluyente también porque margina y discrimina a todos los colectivos que se nieguen a incorporarse al grupo mayoritario y defiendan, por la razón que fuere, su particularidad. Los grupos que insisten en hablar una lengua que no sea el español y vestirse o comportarse de acuerdo con patrones culturales diferentes a los de la cultura “mestiza” o “nacional”, son considerados como amenazas a la unidad de la patria y como enemigos potenciales de la misma.

Por otro lado, el mestizaje en México y otros países de América ha sido esencialmente desigual, pues siempre ha

sido definido como el triunfo de los atributos “superiores” de la raza blanca sobre las taras de las razas indígena o africana. En este sentido, su objetivo ha sido siempre blanquear a los indios y a los negros, y no aindiar o ennegrecer a los blancos.

Por esta razón, en México, las políticas estatales del mestizaje se han dirigido esencialmente a los indígenas, que eran considerados el grupo que requería integrarse a la mayoría mestiza, mientras se daba por sentado que los grupos de origen europeo ya lo estaban. Para lograr su objetivo de unificar “racialmente” a la nación, el Estado mexicano desplegó una gran cantidad de tecnologías de poder que iban desde la guerra de exterminio contra los grupos rebeldes (como los mayas independientes de Yucatán y los yaquis de Sonora) hasta las herramientas legales para terminar con la propiedad comunal de la tierra de los pueblos indígenas y también la educación pública. Esta última fue siempre concebida como la herramienta por excelencia para lograr el mestizaje, considerado equivalente a la castellanización y occidentalización de la población campesina e indígena.

Además, el Estado porfirista y luego el revolucionario desplegaron las herramientas más avanzadas del biopoder de su época: la frenología y la ciencia racialista, para estudiar las tendencias negativas de la raza indígena y encontrar la mejor manera de superarlas. La higiene y la ciencia médica combatirían las malas costumbres raciales de la población y posteriormente la eugenésia y la demografía concebirían ambiciosos planes para evitar la degeneración de la población y para encauzar el mestizaje por los rumbos más fecundos y positivos posibles. A partir de la década de 1930 se desarrolló en México una política integral, llamada indigenismo, que combinaba la antropología, la economía, la medicina y todas las disciplinas y herramientas disponibles a la administración estatal para lograr la integración definitiva y pacífica de los indígenas a la nación mestiza.

En la actualidad, tras más de un siglo de reinar como la ideología dominante de la nación mexicana, el mestizaje ha logrado marginar de manera muy efectiva a los grupos cultural o étnicamente diferentes, relegándolos a la categoría de minorías consideradas ajenas al cuerpo de la nación. Por otro lado, entre la “mayoría” mestiza creada por

las políticas de mestizaje se ha instituido una pigmentocracia implacable, es decir, una estratificación racial, social y cultural basada en el color de la piel. Los “mestizos” más blancos y con una cultura más occidental ocupan las posiciones más altas en esta escala de valor y los más morenos o indios, las más bajas. Esta discriminación es económica y de clase, reflejo de la brutal desigualdad de nuestra sociedad, y a la vez racial, pues se alimenta de los prejuicios sociales y culturales contra los grupos menos blancos inherentes al mestizaje.

# Mestizo/Mestizaje

---

FEDERICO NAVARRETE LINARES



**Erick Meyenberg**, *En espera de la raza cósmica—Waiting for the Cosmic Race*, 2012. Vista de la instalación en la exposición—Views from the installation at the exhibition "Formas y pasajes. Escultura contemporánea". Proyecto en colaboración con el—Project in collaboration with the Museo de Arte Moderno & Centro de las Artes II Pinacoteca, Parque Fundidora, Monterrey, Nvo. León, 2013 [Cat. 29]

The broadest and supposedly most rigorous definition of mestizaje<sup>1</sup>, the racial or genetic mixture between two previously separated biological populations, is an inevitable referent for all historical definitions of the term, but it is ultimately a concept bereft of meaning. Firstly, all human populations have mixed with others many times over the course of their history, and it is rather isolation that constitutes an exception deserving explanation. Secondly, the racial or genetic mixture between people of different origins does not in itself have any social or cultural meaning, except that which is attributed to it by historical and ideological constructs built up around the concept of mestizaje.

Thus, any meaningful definition of mestizaje, in the case of Mexico or any other country, must be regarded as a social, historical product, and its biological referents must also be understood more as a cultural construct than as a basis in nature.

Since its origins in the sixteenth century, in the American colonies of the Iberian empire, the term *mestizo* (*mestiço* in Portuguese) was used to designate children of the union between a European father and an indigenous mother. It was a genealogical category, and as such, had mobile frontiers. A “mestizo” who received his Spanish father’s last name was legally and socially considered to be a Spaniard. Mestizos who were not acknowledged by their Spanish fathers could integrate themselves into their mother’s group, and would thus be considered indigenous. Only in certain urban and regional contexts (such as Lima, Mexico City and the mining regions of Upper Peru and northern New Spain, or in the Amazon jungle) did there relatively quickly arise groups of people who did not clearly belong either among the Spaniards or among the indigenous, and they were considered to be a separate “caste,” which was then given the name of *mestizo*. This colonial definition of “mestizo” has traditionally been considered the origin of mestizaje in Mexico and in the Americas more generally, defined therefore as a continuous, gradual, progressive (and often regarded as inevitable) process unleashed by European conquest.

---

1— There is no English word that fully translates the cultural and historical meaning of “mestizaje” in Iberoamerican contexts. The author decided to keep the word in Spanish in order to maintain the indication of that impossibility.

Nevertheless, this first mestizaje is quite different from modern mestizaje. In colonial American societies, mestizos were never more than a relatively marginal minority, between colonial elites of European origin and the majority of tribute-paying indigenes or African American slaves. Furthermore, they were not the only “caste,” for there were also mulattoes (offspring of Europeans and Africans) and other groups produced by unions between European, Amerindian, African, and Asian men and women. The combinations were almost infinite, as evidenced by the *casta* paintings of the era, and the tendency in the multiethnic and stratified regime of colonial societies was to multiply the differences between the different castes rather than to create a category that would allow different groups to merge. By contrast, the modern concept of mestizaje, which arose in the nineteenth century, particularly in Mexico and Brazil and only later in other American countries, considers mestizos to be a unique racial category that should, ideally, culminate in the absorption of all others and achieve the racial unification of the nation. This gives them a majoritarian vocation, instead of a minority status, and turns them into protagonists of a unique, teleological history: that of the construction of national identity.

The identity of modern mestizos is based on the modern notion of race, considered to be a general biological reality of human populations. Thus, individual mestizos are conceived as the fusion not of two particular individuals, but rather of two biologically differentiated and relatively internally homogeneous groups: the white race and the indigenous race. Thus, it is taken for granted that characteristics from both sides are brought together, for better and for worse. Consequently, whereas in the colonial system mestizos could have different fates depending on the social group to which they were ascribed, in modern mestizaje, their destiny is conceived as unique and determined by their biological origin.

In practice, however, the modern definition of the mestizo is neither racial nor biological, but rather social and cultural: the mestizo is whoever regards him—or herself as such. To speak Spanish and wear Western clothing is enough, in many cases, for an indigenous or an Afro-American person or community to be transformed into a mestizo one. Likewise, it is expected that immigrants from the most

diverse origins can be incorporated to the mestizo population, adopting the country's language and customs.

Therefore the modern category of the mestizo is more programmatic than it is descriptive, and as exclusionary as it is inclusionary. By constructing the idea of a mestizo nation, the ideologues of mestizaje in Mexico and Brazil, active between 1870 and 1940, were not describing the reality of the national societies of their time, but rather the ideal state to which it should arrive by way of state and social action. Mexico and Brazil were to become mestizo nations, since their irreversible racial unification was the only way of avoiding a “caste war,” that is, a fight to the death between the opposed races that made up the national population, and to achieve national progress.

Mestizaje was also proposed as an inclusionary solution, since it allowed for the “integration” of indigenous and Afro-American groups that had traditionally been excluded, exploited and marginalized in the construction of the nation. In this sense, it was also considered a redemptive crusade that would liberate Indians and slaves from secular oppression. It happened, and frequently still does, that the apostles of this religion congratulate themselves for the exceptional generosity of Mexico and Brazil, which, instead of exterminating “their” Indians and blacks or confining them to reservations, preferred to incorporate them to the mestizo nation.

Nevertheless, by its own definition, modern mestizaje is also profoundly exclusionary. Firstly, in Mexico's case, the presence of populations with origins in Africa and Asia and their contributions to the “racial mixture” are radically disavowed. In the Brazilian case, by contrast, mestizaje privileges the mixture between whites and blacks, and excludes indigenes. This dual vision has justified violent persecutions and even genocides of groups considered to be incompatible with this mixture, like Chinese or Jewish people.

Mestizaje is also exclusionary because it marginalizes and discriminates against all collectivities that refuse to be incorporated to the majority group, and which, for whatever reason, defend their particularity. Groups that insist on speaking a language other than Spanish and on dressing or behaving in accordance with cultural patterns other than those of the “mestizo” or “national” culture are seen as threats to and potential enemies of the unity of the fatherland.

On the other hand, mestizaje in Mexico and other countries in the Americas has been essentially uneven, since it has always been defined as the triumph of the “superior” attributes of the white race over the defects of the indigenous or African races. In this sense, its objective has always been to whiten Indian and black people, rather than to Indianize or blacken white people.

Thus, in Mexico, state policies of mestizaje have been directed essentially at indigenous people, who were considered the group most in need of being integrated into the mestizo majority, while it was taken for granted that European groups already were. To achieve their objective of “racially” unifying the nation, the Mexican state deployed a great number of technologies of power, from wars of extermination directed against rebel groups (like the independent Mayans of the Yucatán and the Yaquis of Sonora) to public education and the legal tools with which to end indigenous groups’ communal proprietorship over land. Education in particular was conceived as the tool par excellence for achieving mestizaje, considered as equivalent to Hispanicizing and Westernizing the peasant and indigenous population.

Additionally, the Porfirian and later the revolutionary state deployed the most advanced biopower tools of their times, phrenology and racist science, to study the negative tendencies of the indigenous race and to find the best ways of overcoming them. Hygiene and medical science were to combat the bad racial customs of the population, and later on eugenics and demography would concoct ambitious plans to avoid the degeneration of the population and channel mestizaje through the most fecund, positive routes possible. Starting in the 1930s, there developed in Mexico a comprehensive policy called indigenism, which combined anthropology, economics, medicine and all the disciplines and tools available to the state administration in order to achieve the definitive, peaceful integration of indigenous people into the mestizo nation.

Currently, after reigning as the dominant ideology of the Mexican nation for more than a century, mestizaje has succeeded in very effectively marginalizing different cultural or ethnic groups, relegating them to the category of minorities regarded as foreign to the body of the nation. On the other hand, the mestizo “majority” created by the policies of

mestizaje has seen the institution of a relentless pigmentocracy, that is, a racial, social and cultural stratification based on skin color. The whitest “mestizos” with a more Western culture occupy the highest positions on this value scale, and the darkest or most Indian, the lowest. This discrimination is economic and classist, a reflection of the brutal inequality of our society, while at the same time racial, since it feeds on social and cultural prejudices against the least white groups inherent in mestizaje.





Roberto de la Torre, *Del blanco al negro—From White to Black*, 2013. Still [Cat. 36]

## **COMENTARIOS A LAS OBRAS**

---

### **KADER ATTIA**

Attia aborda con objetos encontrados, esculturas trabajadas con artistas africanos contemporáneos y una multitud de documentos, la temática de la “reparación” que cruza tanto la historia de la violencia colonial, como la iconografía de la modernidad. La analogía entre las técnicas de restauración de objetos tradicionales en África y la estética de deformación y herida de fotografías de cirugías plásticas realizadas a soldados europeos deformados en la Segunda Guerra Mundial, sugiere posibilidades críticas para entender procesos culturales muy extendidos, donde la reapropiación aparece como un ejercicio crítico.

### **ALEXANDER APÓSTOL**

Dentro del trabajo de Alexander Apóstol nos interesa visibilizar los procesos en Latinoamérica entre la modernización y la creación de mitos nacionalistas basados en componentes raciales. Su obra aborda esta relación desde sus dispositivos de representación a partir del caso de Pedro Centeno Vallenilla, el pintor oficial del régimen venezolano de los años cincuenta. Los intentos fallidos de los modelos por recrear y sostener las posturas de las figuras idealizadas de Centeno Vallenilla, revelan la operación nacionalista como un simulacro cuya lógica continúa permeando la forma en que Venezuela se construye como nación.

### **ZACH BLAS**

Las piezas de Zach Blas parten de una investigación sobre la biometría para entender cómo se han configurado los dispositivos y tecnologías de vigilancia y sus efectos en la producción de identidades, tanto raciales como de género. Para la serie *Facial Weaponization Suite*, Blas realizó talleres en los que se produjeron varias máscaras a partir de la agregación de los datos biométricos de los participantes. Esta obra es un proyecto pedagógico, performático y colaborativo que intenta producir un momento de opacidad como rechazo de una política de visibilidad.

### **YUTSIL CRUZ**

Cruz realizó una investigación en el Hospital Real de San José de los Naturales para entender el proceso que permitió la identificación de osamentas primero como indígenas y, posteriormente con el cambio de tecnologías frenológicas, como mestizos. Con la reproducción de tres cráneos del acervo del hospital que intentan identificar racialmente a los sujetos, Cruz opone la evidencia forense a la construcción cultural que se ha hecho de los indígenas en México desde la producción cinematográfica. Estas son dos formas de saber que se entrelazan para delimitar, definir e identificar a un “sujeto racial”.

### **FRENTE 3 DE FEVEREIRO**

El Frente 3 de Fevereiro es un grupo de investigación transdisciplinar que, desde hace más de una década, trabaja sobre el racismo en la sociedad brasileña. Desde la acción directa, el documental, la pedagogía y la música, interviene el espacio urbano para desestabilizar las representaciones dominantes que legitiman y mantienen la criminalización y exclusión de la población afrobrasileña. Esta práctica artística se suma a una genealogía crítica que asume la necesidad de continuar, desde los espacios públicos, una lucha histórica de resistencia.

### **RAJKAMAL KAHLO**

La obra de Kahlon nos permite rastrear la genealogía histórica de la violencia visual que acompaña los procesos políticos y militares de dominación. A partir de la manipulación de imágenes antropológicas de archivos europeos y estadounidenses de finales del siglo XIX y principios del XX, Kahlon demuestra la perpetuación de una lógica visual construida a partir de la diferenciación racial desde el imperialismo y el colonialismo hasta las estrategias discursivas norteamericanas de la actualidad.

### **ANTON KANNEMEYER**

El trabajo de Kannemeyer recupera la estética de la historieta para indagar en las formas de representación que han constituido no sólo al sujeto racial sino la mirada racista. Muchas veces lo incómodo de la obra que presenta no se encuentra en la imagen sino en la propia mirada del espectador. Desde la sátira y el humor, sus piezas nos permiten explorar la complejidad de la imagen de estereotipos raciales desde los campos del afecto y el delirio. Quizá renunciando a lo políticamente correcto, se pueda poner en evidencia lo siniestro de las políticas identitarias.

## **PEDRO LASCH**

Esta nueva versión de *Black Mirror [Espejo Negro]* es la instalación de nueve máscaras prehispánicas de la colección de la Universidad Nacional Autónoma de México en oposición a grandes espejos negros que contienen una serie de representaciones de lo “indio”. Utilizando métodos de la práctica social del arte contemporáneo, así como la auto-reflexividad modernista, los espejos negros integran, de forma inevitable, el cuerpo del espectador, incluyendo también las complejas asociaciones y construcciones raciales que cada espectador lleva consigo, ya sea por deseo propio o por el poder de proyección de la sociedad.

## **VINCENT MEESEN**

*The Intruder* es un ejercicio que intenta invertir los dispositivos de producción de lo otro, colocando el cuerpo del hombre blanco como objeto de esta mirada. Es un documental performativo en el que el artista, disfrazado con un traje de algodón —el oro blanco de Burkina Faso— irrumpen en la cotidianidad de la capital de este país africano generando diferentes reacciones de indiferencia, burla o miedo. Su presencia convoca afectos que revelan la vigencia, en este paisaje urbano poscolonial, de relaciones históricas reprimidas con implicaciones políticas, económicas y simbólicas alrededor de la diferencia racial.

## **ERICK MEYENBERG**

En Latinoamérica, los dispositivos racistas están altamente condicionados por su historia colonial y por la subsecuente creación del sujeto nacional. En respuesta a esta condición, alrededor de la noción del mestizaje, Meyenberg estudia los textos de uno de los agentes centrales de esta operación en México, José Vasconcelos, para localizar las zonas de indefinición y tensión de las que saltan a la superficie las formas de exclusión que, en nombre del progreso, fundamentan ese proyecto de supuesta unificación racial nacional.

## **DANIELA ORTIZ**

Ortiz articula su práctica artística como un activismo en contra de las formas de discriminación racial, tanto en procesos laborales como migratorios. *97 empleadas domésticas* es una serie en la que la artista se apropiá de imágenes de reuniones familiares y de amigos de la clase alta peruana que circulan en la red social

Facebook. La situación que se repite es la condición de borramiento, fuera de foco o amputación en la imagen de los cuerpos del personal doméstico. Esta serie muestra el complejo entramado entre clase y raza desde la paradoja que supone el trabajo doméstico donde, si bien se participa de la intimidad y el afecto, siempre se hace desde la exclusión.

### **JUAN CARLOS ROMERO**

En 2009 Juan Carlos Romero respondió a la convocatoria de la Red de Conceptualismos del Sur de retomar la proclama haitiana, inscrita en su constitución de 1805: "Todos los ciudadanos, de aquí en adelante, serán conocidos por la denominación genérica de negros" para instalarla en la calle y en los debates públicos ante el furor celebratorio de los bicentenarios de las independencias latinoamericanas. Desde ese momento hasta ahora, Romero ha producido una serie de carteles que señalan, por un lado, la historia silenciada de esta independencia —la única en el continente que no fue criolla— y, por el otro, la insistencia en la posibilidad de una epistemología negra.

### **TRACEY ROSE**

Tracey Rose utiliza su cuerpo para construir juegos performativos y de representación para convocar personajes históricos que, desde su perspectiva, sufrieron o se enfrentaron a las estructuras de violencia de la supremacía blanca y murieron en el intento. Uno de estos personajes es la Venus de Baartman, uno de los casos más famosos de violencia de la clasificación etnológica, una mujer *khoikhoi* que fue llevada a Europa en el siglo XIX como atracción de circo y cuyo cuerpo desmembrado fue exhibido en el Museo del Hombre de París hasta los años setenta.

### **SANTIAGO SIERRA**

El estudio fotográfico de Sierra en Caracas ilustra claramente la correspondencia entre los mecanismos de segregación racial y las profundas desigualdades económicas producidas por el sistema capitalista. La ecuación que desarrolla entre el color de la piel de diversos sujetos y su ingreso económico, para poder deducir el valor en dólares del negro y del blanco, produce en sí misma una teoría del color, una que nos recuerda que ningún mecanismo simbólico o social de segregación es independiente de una lógica de explotación económica.

## **ROBERTO DE LA TORRE**

Roberto de la Torre realizó esta acción para intervenir en la creciente discriminación de los haitianos en Santo Domingo. Desde principios del siglo XX los haitianos han sido la mano de obra del país caribeño. Sin embargo, en los últimos años ha crecido no sólo la discriminación sino que se han aprobado iniciativas para desnacionalizar a los “extranjeros en tránsito” aunque estén en el país desde 1929. La frase que se repite en esta acción “Yo no soy negro” presenta la interiorización de la lógica racista que siempre busca un sujeto de explotación, momento de delirio donde el negro siempre es otro, en este caso: el haitiano.

## COMMENTARIES ON THE ARTWORKS

---

### KADER ATTIA

Using found objects, sculptures made with contemporary African artists, and many different documents, Attia addresses the subject of “reparations” that cuts across both the history of colonial violence and the iconography of modernity. The analogy between, on the one hand, restoration techniques applied to traditional objects in Africa, and the aesthetics of deformation and injury as observed in photographs of plastic surgeries performed on disfigured European soldiers in the Second World War on the other, suggest critical possibilities for understanding widespread cultural practices—where reappropriation appears as a critical exercise.

### ALEXANDER APÓSTOL

With the work of Alexander Apóstol, we are interested in making visible the processes in Latin America between modernization and the creation of nationalist myths based on racial components. His work addresses this relation from the standpoint of its apparatuses of representation, drawing on the case of Pedro Centeno Vallenilla, the official painter of the Venezuelan regime in the 1950s. His models’ failed attempts to recreate and hold the postures of Centeno Vallenilla’s idealized figures reveal the nationalist operation to be a simulacrum whose logic continues to permeate the way in which Venezuela is constructed as a nation.

### ZACH BLAS

Zach Blas’s pieces start off from his research into biometrics in order to understand how the apparatuses and technologies of surveillance have been configured, and their effects on the production of identities, both racial and gendered. For the *Facial Weaponization Suite* series, Blas held workshops in which various masks were produced from the aggregation of the participants’ biometric data. This work is a pedagogical, performance-based, and collaborative project that attempts to produce a moment of opacity as a rejection of a politics of visibility.

## **YUSTIL CRUZ**

Cruz conducted research at the Hospital Real de San José de los Naturales to understand the process that enabled the classification of human bones first as indigenous and, subsequently, with changes in phrenological technologies, as mestizo. By reproducing three skulls found in the hospital archives, which had been used for purposes of racial identification, Cruz counterposes forensic evidence with the cultural constructions applied to indigenous people in Mexico through film productions. These are two types of knowledge that are intertwined to demarcate, define, and identify a “racial subject.”

## **FRENTE 3 DE FEVEREIRO**

The Frente 3 de Fevereiro [February 3<sup>rd</sup> Front] is a trans-disciplinary research group that has been working on racism in Brazilian society for over a decade. Using direct action, documentary making, pedagogy and music, its members intervene in urban space in order to destabilize the dominant representations that legitimize and maintain the criminalization and exclusion of the Afro-Brazilian population. This artistic practice is combined with a critical genealogy that takes on the necessity of continuing, from the ground of public spaces, an historic struggle of resistance.

## **RAJKAMAL KAHLON**

Kahlon’s work allows us to trace the historical genealogy of the visual violence that accompanies political and military processes of domination. Manipulating anthropological images from European and U.S. archives made at the end of the nineteenth century and the beginning of the twentieth, Kahlon demonstrates the perpetuation of a visual logic constructed on the basis of racial differentiation, from imperialism and colonialism to North American discursive strategies of the present.

## **ANTON KANNEMEYER**

Kannemeyer’s work recuperates the aesthetics of comic in order to delve into the forms of representation that have constituted not only the racial subject but also the racist gaze. Oftentimes the uncomfortable thing about the work he presents is not to be found in the image but rather in the spectator’s own gaze. Drawing on satire and humor, his pieces enable us to explore the complexity of the image of racial stereotypes from the fields of affect and delirium. By renouncing political correctness, the sinister side of identity politics might perhaps be made evident.

### **PEDRO LASCH**

This new version of *Black Mirror* consists of an installation of nine pre-Hispanic masks from the collection of the Universidad Nacional Autónoma de México facing large black mirrors that contain a series of representations of “Indianness.” Using contemporary art methods from social practice as well as modernist self-reflexivity, the black mirrors inevitably integrate the body of the spectator, also including the complex racial associations and constructions brought by each spectator, whether out of personal desire or society’s power of projection.

### **VINCENT MEESSEN**

*The Intruder* is an exercise that attempts to invert the apparatuses of production of otherness, turning the body of the white man into an object of this gaze. It is a performative documentary in which the artist, disguised in a suit made of cotton—the white gold of Burkina Faso—erupts into the everydayness of the African country’s capital city, generating different reactions of indifference, mockery, or fear. His presence calls upon affects that reveal the enduring validity, in this postcolonial urban landscape, of repressed historical relations with political, economic and symbolic implications around racial difference.

### **ERICK MEYENBERG**

In Latin America, racist apparatuses are highly conditioned by the region’s colonial history and by the subsequent creation of national subjects. In response to this condition, and focusing on the notion of mestizaje, Meyenberg studies the texts of one of the central agents of this operation in Mexico, José Vasconcelos, in order to locate the zones of vagueness and tension from which forms of exclusion leap to the surface; forms that, in the name of progress, founded that project of supposed racial national unification.

### **DANIELA ORTIZ**

Ortiz articulates her artistic practice as a form of activism against the forms of racial discrimination in both work-related and migratory processes. *97 empleadas domésticas* is a series in which the artist appropriates images of family reunions and gatherings of friends from the Peruvian upper class that circulate on the social network Facebook. The situation that gets repeated here is that the bodies of domestic workers are blurred, thrown out-of-focus, or cropped out of the images. This series shows the complex intertwinement

of race and class from the standpoint of the paradox implied by domestic work, which, although it partakes of intimacy and affect, is always done out of exclusion.

### **JUAN CARLOS ROMERO**

In 2009 Juan Carlos Romero responded to a call from the Red de Conceptualismos del Sur [Network of Conceptualisms of the South] by reprising the Haitian proclamation inscribed in its 1805 constitution, “Shall hence forward be known only by the generic appellation of Blacks,” in order to install it in the street and in public debates in the face of the celebratory frenzy surrounding the bicentenaries of the independence of Latin American countries. Since then, Romero has produced a series of posters that indicate, on the one hand, the silenced history of this independence—the only one on the continent not led by creoles—and, on the other, the insistence on the possibility of a black epistemology.

### **TRACEY ROSE**

Tracey Rose uses her body to construct performative and representational games in order to call upon historical figures who, from her perspective, suffered or confronted the structures of violence of white supremacy and died in the attempt. One of these figures is the Venus of Baartman, one of the most famous cases of violence of ethnological classification, a Khoikhoi woman who was taken to Europe in the nineteenth century as a circus attraction and whose dismembered body was exhibited in the Musée de l’Homme in Paris until the 1970s.

### **SANTIAGO SIERRA**

Sierra’s photographic study in Caracas clearly illustrates the correspondence between the mechanisms of racial segregation and the profound economic inequalities produced by the capitalist system. The equation he develops between the skin color of diverse subjects and their economic income, in order to be able to deduce the different dollar values of black and white people, produces in itself a color theory, one that reminds us that no symbolic or social mechanism of segregation is independent of a logic of economic exploitation.

### **ROBERTO DE LA TORRE**

Roberto de la Torre carried out this action in order to intervene in the growing discrimination against Haitians in Santo Domingo. Since the beginning of the twentieth century, Haitians have been

the work force in the Dominican Republic. Nevertheless, in recent years not only has discrimination been on the rise, but there have also been initiatives to denaturalize “foreigners in transit” even though they have been in the country since 1929. The phrase that is repeated in this action, “I’m not black,” presents the internalization of the racist logic that always seeks out a subject of exploitation, a moment of delirium where the black person is always other, in this case a Haitian.

# CATÁLOGO

## CATALOGUE

### **1. KADER ATTIA (Francia, 1970)**

*La reparación—The repair*, 2012

Instalación—Installation

Dimensiones variables—Variable dimensions

Cortesía—Courtesy of Gallery Nagel Draxler & Galleria Continua

### **2. ALEXANDER APÓSTOL (Venezuela, 1969)**

*El cacao—The Cocoa*, 2010

Fotografía digital—Digital photography

144 × 222 cm

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

### **3. ALEXANDER APÓSTOL (Venezuela, 1969)**

*El indio—The Indian*, 2010

Fotografía digital—Digital photography

80 × 120 cm

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

### **4. ALEXANDER APÓSTOL (Venezuela, 1969)**

*El negro primero—The First Black*, 2010

Fotografía digital—Digital photography

80 × 120 cm

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

### **5. ALEXANDER APÓSTOL (Venezuela, 1969)**

*Ensayando la postura nacional—Rehearsing the National Stance*, 2010

Film 16 mm transferido a video HD, sin sonido—16 mm film transferred into HD silent video

18'

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

### **6. ZACH BLAS (Estados Unidos, 1981)**

*Suite de Armamentización facial: máscara—Facial Weaponization Suite: Mask*,

2011 a la fecha—to date  
Instalación—Installation  
Dimensiones variables—Variable dimensions  
Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**7. ZACH BLAS (Estados Unidos, 1981)**  
*Jaulas de cara—Face Cages*, 2013 a la fecha—to date  
Instalación—Installation  
Dimensiones variables—Variable dimensions  
Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**8. YUTSIL CRUZ (México, 1982)**  
*Mestizo Mex*, 2014  
Apoyo en investigación—Research support: Perla del Carmen Ruiz Albarrán & Jorge A. Gómez Valdés  
Instalación—Installation  
Dimensiones variables—Variable dimensions  
Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**9. FRENTE 3 DE FEVEREIRO (Brasil)**  
*Arquitetura da Exclusão [Arquitectura de exclusión]—Exclusion Architecture*, 2010  
Concepción, diseño y realización—Concept, design and realization: Afrofuturismo  
Video  
15'34"  
Cortesía del colectivo—Courtesy of the collective

**10. FRENTE 3 DE FEVEREIRO (Brasil)**  
*Onde estão os negros [¿Dónde están los negros?—Where are the Blacks?*, 2005  
Bandera (copia de exposición)—Flag (exhibition copy)  
Dimensiones variables—Variable dimensions  
Cortesía del colectivo—Courtesy of the collective

**11. RAJKAMAL KAHILON (Estados Unidos, 1974)**  
*Cómo aprendí a amar la bomba—How I Learned to Love the Bomb*, 2013.  
De la serie—From the series *Blowback*  
Animación de stop motion—Stop motion animation  
1'30"  
Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**12. RAJKAMAL KAHILON (Estados Unidos, 1974)**

*El hombre de Vitruvio—Vitruvian Man*, 2013.

De la serie—From the series *Blowback*

Tinta acrílica sobre madera—Acrylic ink on wood

180.1 × 180.1 cm

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**13. RAJKAMAL KAHILON (Estados Unidos, 1974)**

*Imágenes de E.U.—U.S. Pictures*, 2012

Gouache y acrílico sobre papel—Gouache and acrylic on paper

Serie de—series of: 7 × 10 & 8 × 10 pulgadas—inch. c/u—ea

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**14. RAJKAMAL KAHILON (Estados Unidos, 1974)**

*Mujer y paisaje—Woman and Landscape*, 2012

Tinta acrílica sobre madera—Acrylic ink on wood

177 × 76 cm

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**15. RAJKAMAL KAHILON (Estados Unidos, 1974)**

*Terapia para la optofobia—Therapy for Optophobia*, 2012

Pintura a muro, texto y lentes con acrílico—Paint on wall,

text and glasses with acrylic

Dimensiones variables—Variable dimensions

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**16. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*B de blanco—W is for White*, 2008

Impresión litográfica—Lithographic print

57 × 44.5 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Stevenson,

Ciudad del Cabo & Johannesburgo

**17. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Dientes afilados—Sharp Teeth*, 2009

Grafito, tinta negra y acrílico sobre papel—Graphite, black ink  
and acrylic on paper

32.5 × 41 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Jack Shainman

Gallery, Nueva York

**18. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*¡Perfora el coño mojado!—Drill Wet Pussy!!, 2008*

Tinta y acrílico—Ink and acrylic

42 × 29.7 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Stevenson,  
Ciudad del Cabo & Johannesburgo

**19. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Ginecólogo negro—Black Gynaecologist, 2008*

Acrílico sobre lienzo—Acrylic on canvas

142 × 200 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Stevenson,  
Ciudad del Cabo & Johannesburgo

**20. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Interahamwe, 2011*

Tinta negra y acrílico sobre papel—Black ink and acrylic  
on paper

59 × 75 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Jack Shainman  
Gallery, Nueva York

**21. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Labios cuchara—Spoon Lips, 2009*

Tinta negra y acrílico sobre papel—Black ink and acrylic  
on paper

32.5 × 42.5 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Jack Shainman  
Gallery, Nueva York

**22. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Los abogados de Moulin'sart—Moulin'sart Lawyers, 2011*

Litografía a color—Color lithograph

76 × 57 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Stevenson,  
Ciudad del Cabo & Johannesburgo

**23. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Nacimiento—Birth, 2008*

Litografía a color—Color lithograph

50.5 × 44.5 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Stevenson,  
Ciudad del Cabo & Johannesburgo

**24. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*N de negro—B is for Black*, 2008

Litografía a color—Color lithograph

57 × 44.5 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Stevenson,  
Ciudad del Cabo & Johannesburgo

**25. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Peekaboo*, 2011

Litografía a color—Color lithograph

57.5 × 57.5 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Stevenson,  
Ciudad del Cabo & Johannesburgo

**26. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Tierra fértil—Fertile Land*, 2012

Tinta negra y acrílico sobre fotocopia—Black and acrylic  
on photocopy

41 × 29.7 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Stevenson  
Ciudad del Cabo & Johannesburgo

**27. ANTON KANNEMEYER (Sudáfrica, 1967)**

*Una mujer negra—A Black Woman*, 2011

Acrílico sobre lienzo—Acrylic on canvas

170 × 240 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Jack Shainman  
Gallery, Nueva York

**28. PEDRO LASCH (México, 1975)**

*Espectro indígena: espejo negro 13 a 21—Indigenous Spectrum:  
Black Mirror 13 to 21*, 2014

Instalación—Installation

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**29. VINCENT MEESSEN (Estados Unidos, 1971)**

*El intruso—The Intruder*, 2005

Video

7' 26"

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist and Normal, Bruselas

**30. ERICK MEYENBERG (Méjico, 1980,)**

*En espera de la raza cósmica—Waiting for the Cosmic Race*,

2012

Instalación—Installation

70 × 880 × 25 cm

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**31. DANIELA ORTIZ (Perú, 1985)**

*97 empleadas domesticas—97 Domestic Employees*, 2010

Libro—Book

20 × 13 cm

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**32. JUAN CARLOS ROMERO (Argentina, 1931)**

*Todos somos negros—All of Us Are Black*, 2009-2014

Afiches, impresión tipográfica—Posters, typographic print

Dimensiones variables—Variable dimensions

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**33. TRACEY ROSE (Sudáfrica, 1974)**

*Las pinturas negras: hombre blanco muerto—The Black Paintings: Dead White Man*, 2012

Proyección monocromática con bocinas de audio en estéreo

—Single color projection with stereo audio speakers

12'9"

Edición de—edition of 3+1 PA

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist & Dan Gunn, Berlín

**34. TRACEY ROSE (Sudáfrica, 1974)**

*Venus Baartman*, 2001

Impresión fotográfica Lambda—Lambda photography

119 × 119 cm

Cortesía del artista y—Courtesy of the artist, Dan Gunn, Berlín & Goodman Gallery, Johannesburgo

**35. SANTIAGO SIERRA (España, 1966)**

*Estudio económico de la piel de los caraqueños—Economic Studio of the Caraqueños’ Skin*, 2006

Impresiones digitales—Digital prints

Dimensiones variables—Variable dimensions

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

**36. ROBERTO DE LA TORRE (Méjico, 1967)**

*Del blanco al negro—From White to Black*, 2013

Video 7'

Cortesía del artista—Courtesy of the artist

# **CRÉDITOS DE EXPOSICIÓN**

---

## **EXHIBITION CREDITS**

Curaduría—Curatorship

**Helena Chávez Mac Gregor · IIE-UNAM**

**Alejandra Labastida**

**Cuauhtémoc Medina**

Coordinador de producción museográfica—Production Coordination

**Joel Aguilar**

**Benedeta Monteverde**

**Cecilia Pardo**

**Salvador Ávila Velazquillo**

Programa pedagógico—Teaching Program

**Pilar Ortega**

**Muna Cann**

**Ignacio Plá**

Coordinación de colecciones—Collections Coordination

**Julia Molinar**

**Juan Cortés**

**Claudio Hernández**

**Elizabeth Herrera**

Coordinación de procuración de fondos—Foundraising Coordination

**Gabriela Fong**

**María Teresa de la Concha**

**Josefina Granados**

Coordinación de comunicación—Communication Coordination

**Carmen Ruiz**

**Ekaterina Alvarez**

**Francisco Domínguez**

**Ana Cristina Sol**

Curador en jefe—Chief Curator

**Cuauhtémoc Medina**

## **AGRADECIMIENTOS**

---

## **ACKNOWLEDGEMENTS**

El Museo Universitario Arte Contemporáneo, MUAC, agradece a las personas e instituciones cuya generosa colaboración hizo posible la muestra de la exposición *Teoría del color*.

---

The Museo Universitario Arte Contemporáneo, MUAC, wishes to thank the people and institutions whose generous assistance made possible the exhibition *Color Theory*.

Scarlet Alvarez, Lerato Bereng, David Brodie, Mario Bronfman, Claire Butcher, Fernando Davis, Jean-Ulrick Désert, Paola Fernández, Simon Gush, Claudia Hevia, Thomas Lax, Andre Mesquita, Jani Pirnat y Mariana Salazar Alva.

**TEORÍA DEL COLOR** se terminó de imprimir y encuadrinar el 25 de septiembre de 2014 en los talleres de Offset Rebosán S.A. de C.V., Acueducto 115, col. Huipulco, Tlalpan, Ciudad de México. Para su composición se utilizó la familia tipográfica Linotype Centennial, diseñada por Adrian Frutiger. Impreso en Domtar Lynx de 216 g y Bond blanco de 105 g. La supervisión de producción estuvo a cargo de Periferia Taller Gráfico. El tiraje consta de 1,000 ejemplares.

---

**COLOR THEORY** was printed and bound in September 25, 2014 in Offset Rebosán S.A. de C.V., Acueducto 115, col. Huipulco, Tlalpan, Mexico City. Typeset in Linotype Centennial, designed by Adrian Frutiger. Printed on 216 g Domtar Lynx and 105 g Bond white paper. Production supervision was done by Periferia Taller Gráfico. This edition is limited to 1,000 copies.

---

